

Cuando se publicó la primera edición de este libro, La Nación dijo que "parece llevar una finalidad docente la noble inspiración de estas páginas asistida por clara destreza expresiva, por la que se logra la tan difícil sencillez de la prosa trabajada."

Son relatos en los que a menudo se despierta el recuerdo de *Juvenilia* o los pulcros acentos poéticos en que Obligado evoca las islas amadas -dulce asilo de mi primera edad-.

Y Tófilo Madrejón, ese gran periodista que fue, no vacilo en escribir: "*Juvenilia* de Miguel Cané es el gran libro de la adolescencia, de la primera juventud."

Y además, era pecoso... de Gastón Gori, es el hermoso libro de la infancia.

El primero no tiene par en nuestro país, y quizás no lo tenga en habla castellana.

El segundo, **Y además, era pecoso...**, viene a ocupar un sitio de eminencia quizás equiparable".

Libro bello, escrito por un alma serena, apacible y transparente, dijo "La Mañana".
Santa Fe.

I.S.B.N. 950-1-1559-1-9

GASTÓN GORI



y
además,
era
pecoso...

200 N. 500

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina
Novena edición de 1.000 ejemplares

Ilustración de tapa: Bernardo Cottone

GASTON GORI

**Y
además,
era
pecoso...**

MFN 129
7992
30
11
32

"En la época en que yo estaba en 6º grado estaba preparando en la vida 'Y además...'
"Vivía más en la calle con la gomería y en los campos que en mi casa. Era un vagoabundo."

"Yo a todo eso lo viví de chico en esa época..."
Pero yo aprendí mucho haber hecho esa vida, porq' conocí muchos campesinos, campos. Es decir, conocí mucho la vida de la gente, sin darnos cuenta y sin proponérselo -

... "no todo es real, pero hay muchos de autobiográfico."

([1945] 1996) 9ª edición

Y además, era pecoso....

Relatos en 1ª persona -
Recuerdos, más bien - Narrador
adulto que rememora

LAS MORERAS

EN estas tardes luminosas, hermosas tardes de primavera, he disfrutado de paseos encantadores caminando por viejas calles que guardan a cada trecho un recuerdo íntimo, cuando no señales de mis correrías infantiles: en la antigua fábrica, un vidrio roto; en la casa vecina, un tapial dañado; en el poste telegráfico, un aislador quebrado. Porque mi ciudad conserva, suavizado, su ritmo de hace veinte años. Aunque luce con orgullo los trabajos de su plaza pública reformada, su flamante asfalto, y su soberbio monumento a la Agricultura ornado de bajo relieves: el arte perpetuó la labor de los colonos inmigrantes, llegados de Europa, para roturar las tierras vírgenes, luchando contra montes, indios, langostas, sequías . . .

Mi ciudad se nutre en su pasado. Mira con tranquilidad o con inquietud el futuro. Con tranquilidad, porque es inconcebible en ella la turbulencia constructiva; con inquietud, porque apenas si a las antiguas casas se agregan otras de arquitectura moderna, que quiebran la armonía envejecida. He caminado por el barrio donde puedo encontrar a cada paso, un hombre cuya historia conozco; una

mujer cuya vida monótona comprendo; un niño cuyo rostro me permite aventurar genealogías... Sé quienes descansan en el sueño eterno; conozco el destino de sus bienes o la herencia de su sangre.

Barrio de gente sencilla que envejece y sufre; cercada por la tradición de familia o por los guardianes, amistosos o malvados, de su reputación; alguien un día aparece por las calles calzando una zapatilla y un zapato, luego una mula.

La historia de su infortunio es conocida y pronto nos resignamos ante la idea de su muerte. Familias respaldadas por sesenta años de residencia honorable; nietos de desdichados; hijos de proletarios que sufren, que no salen del antiguo ritmo familiar. Atados por la vida monótona de la ciudad de provincia, transcurren sus vidas sedentarias, inalterables. Sus existencias son sacudidas sólo por los hechos que significan un pequeño éxito particular o una fatalidad lamentada. En este barrio donde mi propia historia no es desconocida, he paseado con emoción, porque hace años que no pisaba sus calles, que no recibía el saludo de sus vecinos.

Llevado por una fuerza irresistible, he pasado los límites urbano por la parte sur, hasta llegar a una antigua herrería —rodeada por altos eucaliptos—, donde antaño el yunque resonaba repiqueteado por maza y martillo, cubriendo con sonoridades un amplio espacio descubierta, mientras se retorcia el hierro que, más tarde, sería llanta de carro, reja de arado.

Conocí al herrero. Era ya un hombre próximo a la vejez, rubio, de rostro barbado —como se ven en fotografías antiguas de inmigrantes—, cejas tupidas. Un delantal de cuero le resguardaba de las chipas. Era hombre propenso a reír; saludable de pies a cabeza... ¡Viejo herrero tradicional y simbólico, exponente de aquella florecida época

en la que volantas y carros levantaban polvo por los caminos llevando del campo a la ciudad, cereales para los molinos, forrajes para los animales.

Época del optimismo en los colonos que ya enriquecidos en sus propias tierras trabajaban con la confianza de estar cimentando el porvenir del país que los recibió con pródigas leyes, para darles campos vírgenes, herramientas y pan.

La herrería "de los eucaliptos" era igual a tantas otras ubicadas en extramuros o en medio de campos. Los herreros eran complemento de labradores. Y más, algunos de ellos poseían tierras labrantías y las trabajaban alternando oficios.

¡Orgullosa época en la que el buen caldeador se emocionaba ante su obra, como pintor ante su tela, y disputaban a colegas la vanidad de forjar la más resistente caldeadura!

Como esos herreros era el que construyó la casa rodeada de eucaliptos.

Tras las vías del ferrocarril, se conservan sitios predilectos y las dos viejas moreras, cuyas ramas cargadas de hojas amplias y de frutos pequeños, se inclinan sobre el sendero.

¡Cuántas veces habré arrojado trozos de ladrillos contra sus gajos para que cayeran las moras jugosas que nos manchaban los labios, la lengua, la camisa, las manos, y que comíamos con deleite, porque a pesar de la tierra que contenían eran riquísimas! Sí, riquísimas, como no hemos vuelto a encontrarlas sobre la mesa tendida, dentro del vaso de vino...

Bajo estas moreras de edad difícil de precisar, vuelvo a respirar el aire puro que llega desde la vecina extensión despejada.

Quizás mi propio abuelo, que trabajaba en el Molino,

tras cuyas tapias están plantadas, extendió sus manos hacia sus ramas para arrancar el fruto rugoso y dulce.

Esas moreras han alimentado con sus hojas a los gusanos de seda que he visto emocionado, tejer capullos en la vieja caja donde los colocaba. Y más, sus sombras guardan el secreto de nuestro cansancio, traído desde el campo asoleado donde perseguíamos lagartos, mariposas y pájaros.

Sé cuál será el destino que las aguarda; está escrito en los troncos gruesos, en las ramas secas y pesadas que cuelgan, que amenazan quebrarse. Ese destino va a cumplirse. Sufrirán el golpe final de hacha porque obstruyen el camino; porque presionan con sus raíces poderosas los cimientos del tapial. Caerán, y serán los hombres los que rajarán sus troncos, tronchando así, dos vidas legendarias.

¡Triste destino el de los árboles! Los hombres destrozan porque necesitan vivir, y vivir, es derrumbar, sacrificar y también resguardar nuevas vidas; levantar nuevos refugios, defenderse de las plantas y de los pájaros...

Se desplomarán con estrépito. Ese día sufriré, sentiré congoja, pero bien sé que ante todo lo que desaparece sobre la tierra que nos alberga, surgen los gérmenes del porvenir y cuando la existencia exija menos evocación que trabajos y sacrificios, desaparecerán de mi conciencia las moreras. Me alienta pensar, sin embargo, que, cuando mi cabeza emblanquecida repose fatigada, la imagen de sus amplias copas prestará un marco adecuado a la ternura de mis recuerdos y a lo venerable de mi honda misericordia.

LA LLUVIA

DESDE hace tres días, llueve torrencialmente. El viento sacude con fuerza los árboles, y violento, ha arrancado de cuajo un ciruelo. ¡Lástima de planta con sus frutos en sazón! Quedan algunos en las ramas, y muchos desparramados en el barro o flotando sobre el agua que corre por los declives.

En el jacarandá cuelgan gajos quebrados, y junto a las tapias del jardín, las dalias se inclinan pesadamente. La lluvia y el viento arrecian. Mi madre expresa con fuerza su disgusto: —; Llueve escandalosamente! Sus pollitos enferman, y varios, incapaces de buscar un buen refugio, murieron ya. Cuatro, tiritando apretujados dentro de una caja, son el desvelo de Nilda, mi hermana, que los mantiene cerca del horno. Uno negro, vivaracho, redivivo, tibia ya su plumón, pica en el suelo unas pocas migas de pan.

Cubierta con un amplio poncho; mi madre busca entre los árboles al pollito que pía oculto. Habla sola, disgustada. Un gorrión ha bajado de un paraíso al lado mismo de la galería; pica un grano y se lo lleva presuroso. Al

pobre pájaro le ha tocado una parte de la desventura general de las aves.

A pesar de todo, soy benévolo con el agua que cae con tanta reciedumbre. Uno al espectáculo de la lluvia, las imágenes vivas de un pasado que no está, en verdad, muy lejos.

Por circunstancias especiales en mi existencia, parecieran no ser más que capítulos de una historia leída; una de las muchas historias que rodearon mi niñez de aventureros, de selvas fabulosas, de montañas con gnomos e hipogrifos, de dragones, de palacios y princesas deslumbrantes...

Por eso, cuanto más trabaja mi madre en defensa de sus aves amenazadas, más deseos tengo de permanecer inmóvil, junto a la ventana, y devolver la vida —gracias a un don maravilloso que nos fue dado—, a los seres que han desaparecido como mi infancia. Han desaparecido en la sombra, como esas mariposas que suelen ocultarse en la humedad, pero que al brillo del sol, surgen resplandecientes.

Retumba el trueno y es más recio el vendaval. Mis recuerdos, se me figuran cotiledones hinchados que fecundan y alimentan mis pensamientos. Con semejante día, puede aceptarse la metáfora.

El placer de evocar y sazonar las imágenes con atributos estimables, no es de los menos deliciosos; así tengamos que reír, que apiadarnos o sufrir.

Durante nuestra infancia, los actos y los pensamientos tienen una significación limitadísima, de aquí que, al evocarlos, les agreguemos interpretaciones caprichosas, extendiendo sus fines. Los contemplamos como a un panorama desde la altura, donde es más clara la luz. A veces, recordamos un hecho, y le atribuimos una emoción ma-

durada. No es esto censurable; quizá debamos a esta propiedad del recuerdo, todo su encanto, su atractivo.

Hoy, que veo caer y levantarse en espuma el agua de una esclusa, mientras entre las nubes oscuras zigzaguea un relámpago desenfrenado, tengo presente mi disgusto de hace no sé cuántos años.

La tarde anterior la había ocupado en la preparación de gomeras, bodoques y piedritas: armas y proyectiles. La víspera de un día de caza en el campo, siempre me inquietaba. Todos los días buscaba pájaros. Era un perseguidor implacable de cuantas aves picoteaban semillas o desperdicios en las calles, gramillas en los campos, frutas en las huertas. A mis años, los elementos cinegéticos los constituían armas rústicas pero terribles. Fueron usadas como partes indispensables de mi niñez.

Mi vida transcurría en la calle y en los caminos. Era pues común en mí, el anhelo de privar a los árboles de nidos y de cantos a la primavera. Pero una cacería organizada me emocionaba. Me parecía adquirir la misma importancia que tenía mi padre, cuando lustraba sus polainas y cargaba sus cartuchos. El día siguiente, era esperado como si durante él debieran ocurrir aventuras maravillosas. Contaba los "proyectiles", los acondicionaba. Seleccionaba los mejores para presas de importancia; los comunes, para ser disparados a los pájaros que diariamente veía. Propenso a los trabajos de la imaginación, me complacía en suponer que algún animal raro caería en mis manos, ante la admiración de mis compañeros y la envidia de los desafortunados.

Porque he de confesar que cuando niño, la desdicha ajena no aminoraba un punto mi alegría. No creáis que era perverso. Hoy, el dolor o la desilusión ajena, me entristece. Quiero, a veces, ocultarlo, pero es entonces cuando siento más hondamente la desventura de los que sufren.

En aquellos años de niñez traviesa y bullanguera, no sabía que los hombres formamos parte de una especie poco venturosa.

Decía pues, que al imaginar el éxito de mis andanzas, lo gozaba por anticipado. Como entonces no dudaba que la naturaleza creaba en los montes sencillos de la región, animales enormes y feroces, yo disfruté la dicha de aspirar sonriente el aire, mientras apoyaba un pie sobre el cuerpo de un animal abatido. Esto ocurría durante la noche, en la soledad de mi pieza a oscuras, teniendo junto a mi cama los elementos de caza. Me sentía algo más grande que Tartarín de Tarascón, porque sabiéndome niño, las empresas inauditas adquirirían proporciones más heroicas.

Sabía que el monte chañar, concluía a las pocas cuerdas donde se extendía el campo labrantío, pero había leído una truculenta novela del Africa y más de una vez pensaba que con mi terrible gomera iba a abatir allí, a un león furioso, a cuatro elefantes y, si la suerte estaba de mi parte, a varios hipopótamos monstruosos.

Tenía bien claro el sentido de lo heroico, de lo radiante, y era, a la vez, magnánimo por sobre todas las cosas. Unía a mis aventuras imaginadas, el conocimiento de que en el mundo había huérfanos y entonces, muy enternecido, regalaba el producto de tan grande cacería a los hospicios. Mi gesto, solía enternecerme. Terminaba recordando a mi madre, y la hazaña iniciada en la cama antes de conciliar el sueño, concluía en un sentimentalismo hondo. Con frecuencia las lágrimas mojaban mi almohada. ¡Niñez turbada por la sensación de lo excelso, que te dormías llorando junto a tus armas fatales! Como tus empresas de arrojo y generosidad; como tus lágrimas, eran un símbolo tierno de lo que comúnmente ocurre a los hombres cuyo corazón es capaz de darse por entero.

Pero no, mi magnanimidad, era una concesión minúscula otorgada a los hombres, ante lo rotundo y lo feliz del triunfo.

Una noche, me fui a la cama inquieto. Al día siguiente, un domingo, apenas saliera el sol, debía ir a casa de un amigo, que lo fue por breve tiempo, para partir juntos al campo.

Había preparado una gran cantidad de proyectiles y como de costumbre, un número infinitamente mayor de situaciones heroicas; porque entonces, yo cursaba el tercer grado, y miraba con gran turbación el rostro sonrosado de una amiguita rubia...

Tal seguridad tenía en que la mañana debía aparecer con un sol hermoso, que ni una sola inquietud impidió que me durmiera tranquilo. Antes de que amaneciera, estaba despierto. Me parecían extremadamente largos los minutos. En el colmo de la impaciencia, llegué a creer que el sol no aparecería más y si me fuera dado decirlo, aseguraría que mi temor no desdeñaba la posibilidad de que la tierra quedará definitivamente a oscuras.

Pero, por fortuna, no se alteraron las leyes astronómicas y una ténue claridad comenzó a hacer visibles los objetos de mi pieza y antes de que cantaran por última vez los gallos, me cubrían los viejos pantalones y tenía la gorra calada hasta las orejas. Mis padres y hermanas dormían mientras yo esperaba que sobre las plantas se derramara la luz sonrosada de la aurora. Mas hube de sufrir una espera angustiada. Las nubes grisáceas se obstinaban en agruparse y se prolongaba lo indecible la penumbra. Un presentimiento me llenó de impaciencia. ¿Y si el día se presentara amenazando lluvia?

Oí el ruido de una puerta. Era mi padre. Sabía que cuando mi padre se levantaba para prender fuego en la cocina, el sol ya estaba alto. La sensación de lo fatal, de

lo irremediable, me abrumó. ¡Llovería! ¡Llovería! Estaba ya seguro; todo lo haría fracasar la lluvia. Tuve vergüenza de mostrarme muy precipitado, de manera que no salí de mi pieza, sino después de dejar pasar un largo rato. Mi padre calentaba agua para tomar mate cuando se despertara mi madre. ¡Qué podría decirme que no se refiriera a la próxima lluvia! ¡Cómo creer que consentiría en dejarme salir de casa con el viento que comenzaba a soplar! ¡Y esas nubes que no se cortaban jamás! ¡Y el sol que no aparecía! Todos mis deseos, mi afición, me impedían comprender que no era posible esperar más que agua a torrentes.

—Buenos días, papá . . .

—Buenos días. ¿Por qué te levantaste? Va a llover, no debés salir de casa

—A lo mejor no llueve .

—Sí, va a llover. Es mejor que vayas otro día.

Una sorda rebelión me hizo suponer que mi padre no era un hombre arrojado. ¡Yo hubiera afrontado la lluvia! Bien sabía que no siempre existía armonía entre la realidad y lo osado de mis impulsos; y apenas si pude resignarme a creer que eran enormes nubes las que en el cielo dibujaban a capricho imágenes deformes, gigantescas. Era una fatalidad incomprensible; una especie de implacable insensibilidad del ambiente. Yo pedía a la naturaleza, lo que rara vez concedió a los hombres: docilidad. Sufría lo indecible y tenía miedo de ver aparecer a mi madre, porque entonces sí hubiera sido imposible dar un solo paso fuera de casa.

¡Y mi madre apareció! Fui terco y dije que esperaría a que mejorara el tiempo. Un primer trueno lejano pretendió responderme, pero no lo supuse capaz de precipitar lluvia, ni siquiera garúa. Mas, he aquí que un vientecillo fresco adquirió proporciones decisivas y las primeras go-

tas se estrellaron contra los ladrillos del patio. Al encerrarme en mi pieza, no sabía precisar el objeto de mi animadversión, porque si me disgustaba el agua, también me insubordinaba lo que yo suponía en mis padres, poco arrojo, miedo, falta de comprensión. Debo decir que aún en medio de la lluvia torrencial, hubiera salido a pecho descubierto, a cabeza despejada.

Aquella mañana, ahuyenté sapos que, saliendo de escondrijos insospechados, llegaban hasta la galería, persiguiendo a saltos, pequeños insectos.

ARBOL Y TRAGEDIA

PARA retenerme en casa, mi madre me contaba la historia: En el bosque de algarrobos, los rayos de un ardiente sol de verano, tornaban húmeda la atmósfera. Las plantas, inmóviles, parecían estar soportando una fastidiosa somnolencia. Cigarras innumerables cantaban por doquier y los coyuyos, con sus graves zumbidos, se ocultaban tras los troncos espinosos. José y Ernesto, hijos de un vecino, cazaban pájaros. Con sus hondas, perseguían avezados, un jilguero herido. Lo hondeaban implacables, y al volar nuevamente, no podía ocultarse a los ojos vivísimos de sus verdugos.

José quería aprisionarlo vivo e intentaba cansarlo. Como a Ernesto no le interesaba conservarlo, le arrojaba piedra tras piedra.

Corrían los muchachos riendo a carcajadas hasta que por fin el pobre pajarito cayó muerto. . . Lo pusieron en su bolsita y siguieron caminando; mientras buscaban otros entre los árboles, José dijo entusiasmado:

—¡Mirá, Ernesto, un nido de quiquiriquí. . . !

—¡Vamos a sacarle los huevos!

—¡Y a lo mejor tiene pichones!

Fue decirlo y Ernesto, tras dos saltos, tomado fuertemente del tronco, comenzó a forcejear. Debajo, José lo empujaba con un hombro.

Ni ramas, ni espinas impidieron que el rapaz, heridas ya sus manos, alcanzara a sentarse en una horqueta para introducir sus dedos por la abertura estrecha del nido.

Dos pájaros revoloteaban sobre sus cabezas. José, de un hondazo certero, cazó al más hermoso.

—¡Cacé uno! ¡Cacé uno! — gritaba. ¡Si el nido tiene pichones, tené cuidado! ¡Cacé al machito!

Ernesto quitaba las espinas para introducir mejor sus dedos. Dio un grito de alborozo:

—¡Tiene un pájaro dentro! ¡Me pica! ¡Me pica!

—¡No lo dejés salir, tapale bien la entrada...!

Pero un dolor agudo hizo que Ernesto quitara el brazo. Gritó espantado. Junto a su mano, una víbora se deslizó del nido y se enroscó en la rama, con su boca enorme, abierta, la cabeza erguida; la lengua relampagueante.

Ernesto se descolgó de la rama y cayó al suelo con el rostro descompuesto por el horror. José, espantado, como si la desgracia se hubiera convertido en enorme piedra que lo aplastara, ni se movía, ni hablaba. Por el campo, huía el niño herido dando gritos desesperados.

El sol ardiente reverberaba sobre el agua de un charco y las cigarras continuaban a lo lejos su canto estúpido. Ni una persona iba por el camino. Cuando José, corriendo, comenzó a comprender, se tiró sobre el pasto como

idiotizado. Era menester que todo un ciego e inexorable destino los hubiera marcado con puntos de sangre y veneno para que sufrieran así.

Sobre el árbol, había quedado un trozo de camisa desgarrada. La víbora comenzó a descender buscando sombra, y cuando hubo desaparecido, quedó el árbol silencioso, quieto, en trágica somnolencia...



EN UNA TARDE DE SOL

CON relumbres violentos el sol se irritaba sobre la superficie bruñida de los rieles. Era la hora de la siesta. A los costados de las vías férreas, un extenso yuyal despedía olores en la atmósfera ardorosa.

Plantas de hinojo silvestre, cicutas, espartillos, sobresalían de los matorrales. Aspirábamos la fragancia campestre con fruición. Entre el espacio de las vías, sobre el suelo desnudo y reseco, corrían de vez en cuando los lagartos que, perseguidos, desaparecían de pronto en cuevas inesperadas o se retorcían alcanzados por pedradas certeras. Caminábamos bajo el cielo límpido de verano; la cabeza y la espalda calentadas por el sol implacable. Como salíamos escapados, el camino y la hora nos parecían hermosos como nunca. El sudor que nos cubría la frente y el calor de la tierra que nos abrazaba los pies descalzos, no significaban, en absoluto, signo suficiente para hacernos comprender que no era momento apropiado para correrías.

Vivíamos descuidados, y por eso nunca sufríamos más que cortaduras y rasguños despreciables. A nuestras

madres les causaba terror la insolación y todos los chicos vagabundos de mi barrio, creíamos que era, después de las víboras, el único peligro de muerte. Mas no por eso temíamos y la hora de la siesta, era la preferida. Dormían nuestros padres y además, el agua de las lagunas —y esto era muy importante—, estaba tibia.

Sentíamos una fuerte, una dulce, una invencible atracción por las lagunas. Chapaleábamos en el agua barrosa con deleite, en el cual participaban encantos extraños y profundos.

Disfrutábamos de un pequeño mar sonriente, porque ni el barro adherido a las pantorrillas nos curaba de la ilusión. Renacuajos abismales, nos sumergíamos jubilosos. Después de prolongados esfuerzos conquistábamos un triunfo; ya nos sosteníamos sobre el agua y nadábamos unos metros.

Desde entonces, resultó imposible privarnos con castigos de las lagunas. Fueron parte principal de nuestra vida. Sobre la superficie del agua turbia, se deslizaron, con nuestro cuerpo, el orgullo y la osadía. Aquella tarde, arrojando piedras y saltando como demonios, íbamos Lucio, Jerónimo y yo. Jerónimo, morocho, de baja estatura, vestía con humildad, pues era pobre. Sus cabellos ignoraban —satisfechos y revueltos—, que existían por millones unos utensilios conocidos con el nombre de peines. Además, su nariz jamás había sospechado que generalmente no se usan las mangas de la camisa para limpiarla.

Cuando Jerónimo era objeto de burlas, su zona débil oscilaba entre lo curvado de sus piernas y los remolinos de sus cabellos. ¡Pobre Jerónimo! Su familia estaba marcada por escalpelo fatal: la tuberculosis la devoraba. El disfrutaba de libertad y jamás lo castigaban; por este privilegio le otorgábamos cierta jerarquía.

Lucio, era rubio, suave y tímido. Unido a nosotros por afinidades inexplicables, jamás mató un pájaro. Era una bella figura, demasiado pálida para bajar nidos o robar ciruelas . . .

La gomera le quedaba mal; no le resultaba fácil inventar tres o cuatro mentiras consuetudinarias, y sin embargo, era nuestro amigo.

La madre lo amaba con ternura, y cuando íbamos a buscarlo, nos lo ocultaba invariablemente:

—No. Lucio no está . . .

Pero nosotros sabíamos que lo tenía sometido a la tortura de su esperanza: cuadernos, lápices y matemáticas . . .

De los tres, yo era el más zamarreado. Mentía, pero me castigaban sin realizar prolijas investigaciones. Escapado, procuraba divertirme holgando sin freno; llegaba tarde a casa a menudo, pues, siendo siempre igual el castigo recibido, gozaba mejor de mi libertad. La paternal legislación represiva se reducía a una ley invariable: aplicaciones de cinto. ¡Jamás pude hacer que variara tan dura jurisprudencia familiar!

Cuando en la escuela estudiábamos la Asamblea del año XIII, pensaba —aunque no tenía seguridad sobre su empleo en la época—, que debió también abolirse el uso del cinto para ajustar los pantalones. El cinto grueso y largo que utilizaba mi padre para menesteres tan semejantes, era el símbolo de su potestad severa e indiscutible.

Jerónimo, Lucio y yo, cruzamos alambres de pú nos introdujimos en un campo de espartillos y gramillas. Mariposas innumerables volaban por doquier y otras, agrupadas en torno a las flores, parecían pétalos desprendidos por un hada maravillosa que los echara a volar.

De cuando en cuando, se desprendía de lo alto, un

pechirrojo, y al caer como absorbido por los yuyos, corríamos para sorprenderlo; pero surgía de sitios inesperados y con un silbido casi burlesco, se elevaba para volver a desprenderse y ocultar su cuello como brasa brillante.

El cielo límpido resplandecía con el sol. Daba gusto andar en medio del campo oliendo los yuyos, mascando anís silvestre y arrojando hondazos. La laguna quedaba a poca distancia. En las alpargatas se nos habían metido semillas y, prendidas en las medias, las rosetas nos torturaban. No era fácil sacarlas con los dedos, pues sus espinas agudas penetraban en la carne, no demorando en aparecer gotas rojas en las yemas heridas.

Llegados junto al agua, nos desnudábamos bajo los rayos solares. Con la ropa hacíamos lios ajustados con el cinturón. Era una medida precaucional, porque la laguna solía estar vigilada desde la casa próxima y el dueño corría a los "bañistas" que enturbiaban aún más el agua que bebían los animales después del pastoreo.

Al arrojarnos, estremecimientos de alegría nos iluminaban el rostro. Reíamos y chapaleábamos; los pies se nos hundían en el barro hasta los tobillos. El baño . . . era hermoso. Arrojàbamos agua en las húmedas orilla donde revolaban mariposas amarillentas.

Salíamos de la laguna y volvíamos a entrar para disfrutarla mejor.

—¡Mirá! ¡Ya me sostengo!

—¡Lucio, corramos una carrera hasta aquel yuyo que se desale del agua. . . !

—Vamos!

Y dando saltos en los sitios poco hondos, salpicando agua y carcajadas, llegábamos y nos dejábamos caer de pecho sobre la meta señalada.

—¡Era de ida y vuelta!

Y tornábamos, agitados, congestionado el rostro por el esfuerzo y el calor. Jerónimo había atrapado una rana verdosa y grande. Para llevarla como trofeo, le ajustó una pihuela de hilo sujetando su extremo con la punta de un yuyo crecido en la humedad. Y tornó al agua. Chapaleaba braceando a diestra y siniestra.

De pronto oímos pasos precipitados y ramas azotadas por las piernas de alguien que corría. ¡Huimos despavoridos! Tan veloces como corresponde a gente que lleva susto tremendo.

El dueño de la laguna, chasqueando la lonja de un látigo, apareció como fantasma. Apenas tuvimos tiempo Lucio y yo para alzar nuestra ropa y ganar el campo; Jerónimo había ubicado mal la suya y sin detenerse a recogerla, huyó como si tuviera alas en los pies. Corríamos desnudos; corríamos como quienes no piensan detenerse jamás. Saltábamos sobre los abrojos; los cabellos chorreando agua, las nalgas empujadas y las piernas rasgadas por los tallos ásperos. ¡Corríamos, corríamos! Me pareció oír carcajadas, mas para nosotros, la veloz huída estaba fuera de toda comicidad. . .

Sin saber cómo, cruzamos un alambrado que separaba el terreno de la vía férrea, y en ese instante un tren nos interceptó el camino. Volvimos la cabeza angustiados. ¡Oh, alivio! El hombre, el terrorífico hombre del látigo, ya no nos perseguía. Estábamos salvados.

Un señor calvo, mirándonos por la ventanilla del último coche, nos sonrió haciendo ademanes incomprensibles. El tren, gigantesca escolopendra, se alejaba como si fuera marcando sobre la tierra, las paralelas de la vías.

Jerónimo comenzó a llorar con nerviosidad, exclamando tembloroso:

—¡Mi ropa! ¡Mi ropa! ¡Se llevó mi ropa!

—¡Qué "juleje"!

¿Estás seguro de que te llevó la ropa?

—Sí, me llevó la ropa, me llevó la ropa. . .

Lucio y yo comenzamos a vestirnos. La camiseta se nos adhería al cuerpo mojado. Jerónimo temblaba, y nosotros también.

Teníamos la sensación angustiada de una pérdida irreparable, de una catástrofe vecina. Jerónimo desnudo, era un problema colectivo.

—Vayamos bajo aquellos paraísos, dije, para que no te vea nadie, luego volveremos a la laguna. Quizás no haya visto tu ropa.

Llegamos y nos sentamos en el suelo. Lucio estaba pálido. Mientras se quitaba una espina clavada en un pie, temblaba a punto de estallar en lágrimas. Jerónimo miraba hacia el campo con ojos extraviados.

—¿Cómo vamos a volver? ¿Y si nos corre otra vez?

—Prepará, Lucio, tu gomera. Iremos dentro de un momento y si aparece, lo apedreamos.

—No, yo no voy. . . Tengo espinas en los pies; me duelen.

—Jerónimo, iremos los dos. Tu ropa debe estar en la orilla, entre los yuyos. . .

Salimos del monte de paraísos llenos de cuidado. El corazón nos latía con fuerza. Sorteábamos los cardos espinosos, sin decirnos palabras, esforzándonos por parecer valientes. Por instantes me parecía que íbamos a cometer un delito, pero una sensación de arrojo hacía que pisara con bríos los pastos. A medida que avanzábamos, la soledad del campo y su silencio, acentuaba lo temible de la empresa. Los músculos se me aflojaban, temblaban mis manos. Jerónimo, desnudo, complicaba mis pensamientos. No, si el hombre aparecía, no tendríamos valor para arrojarle piedras. Huiríamos despavori-

dos y lloraríamos seguros que Jerónimo no podría ya volver a la ciudad.

Una zozobra angustiada nos dominaba. La impresión de lo irremediable nos hacía desgraciados, porque en el fondo del corazón, iba esfumándose toda esperanza de hallar la ropa abandonada con más prisa que prudencia. Cruzamos nuevamente el alambrado, esta vez, arrastrándonos contra la tierra. Grandes rayones verdes dieron a mi camisa, aspecto lamentable. Dos imágenes teníamos incrustadas en el cerebro: la ropa de mi amigo y el látigo del hombre.

Nuestra culpa nos parecía gravísima porque a nuestra edad, conocíamos cuán severamente se nos castigaba por motivos de menos trascendencia. Resueltos a llegar hasta la laguna continuábamos avanzando entre los yuyos. Las espinas nos torturaban las manos y las rodillas. El sol nos quemaba la espalda. Sofocado por el calor y el esfuerzo, sentía que gruesas gotas de sudor resbalaban por mi frente y mejillas. El recuerdo de mi padre me asaltó de pronto. ¿Se enteraría de esta riesgosa escapada? La aventura parecía ahora tan osada, que me anonadaba. Procuré disimularlo.

—Lucio no se atrevió a venir —dije—. No tenía espinas en los pies: tenía "fuchi-fuchi".

—¿Y si la ropa no está?

Jerónimo no me oyó bien. Estaba próximo a llorar y temblaba. Tenía libertad en su casa, pero la idea de quedar desnudo, lo llenaba de angustia. El sol brillaba reflejándose en el agua. Llegábamos. Sí, llegábamos derrotados por sensaciones confusas. Los oídos nos zumbaban, las piernas se negaban a seguir arrastrándose. El corazón, agitado, se nos subía a la garganta. Una mata de espartillo sobresalía del borde del agua. Fuimos hacia ella con la vista nublada por la impaciencia. Un grupo de

mariposas revoloteaba sobre la tierra húmeda, pero junto al espartillo, ino había nada! El estupor, el miedo, nos agobió. Jerónimo temblaba más aún, desorientado, confuso, abrumado. Hice un esfuerzo por animarlo. Me erguí y caminé hacia todos lados en búsqueda que sabía inútil. No quería mirarlo, pues me parecía que irremediabilmente rompería a llorar.

—No está, se la llevó— dijo, y sus manos nerviosas, se retorcían.

La tierra vacilaba bajo sus pies, y el sol, contra su cuerpo desnudo, lo ahogaba en un mar de confusión.

Miramos hacia la casa cuyo techo sobresalía entre los árboles, a unas cuadras de la laguna, y como a nadie vimos, adquirí en ese instante un aplomo insospechado. Jerónimo me causaba ya menos pena. Me limpié con la gorrar el sudor que me corría por la cara a grandes gotas.

—Vamos, dije, ya buscaremos tu ropa y tu papá castigará al hombre que te la llevó.

—No, nos van a castigar a nosotros. ¡Mi ropa, qué hago sin mi ropa! ¡Cómo vuelvo a mi casa!

—No tengas miedo. Vamos a buscarlo a Lucio.

—Mi ropa, mi ropa, qué hago ahora así desnudo...

—Te presto mi calzoncillo.

—No, no; yo voy a pedirla.

—¿Desnudo? ¿Te parece que podés ir desnudo?

Me miró con ojos desalentados: toda esperanza se había apagado en su miraba sin brillo.

¡Ah! pobre amigo mío, debiste sentir por vez primera, cómo se nos abruma el pensamiento y el corazón, cuando nos hace sus víctimas la fatalidad.

Debiste sentir sorda rebeldía contra lo implacable de tu mala suerte.

¿Qué poder, qué Dios se había ensañado con tu pobre vida?

Desnudo y desorientado, presentiste la existencia de un poder ciego y extraño que echaba sobre tí el peso de una culpa demasiado común para ser tan grave. ¡Tu ropa! ¡Tu ropa! Amigo mío: eras pequeño para comprender y tu alma intrincada, sólo supo hacerte llorar. Sabías —oscurecido tu pensamiento y angustiado tu corazón—, que a un niño desnudo, se lo avergüenza o se lo castiga. Por tus ojos enrojecidos, lloraba la infancia perseguida. Tus manos temblorosas como pájaros con frío, mustias, no enjugaban tus lágrimas y daba pena tu rostro.

Comprendimos en el albor de nuestra pubertad, que suele pagarse con llanto amargo las delicias que escasamente se nos ofrece.

Un hermoso momento de libertad y alegría, concluyó con tus lágrimas.

La luz brillaba en tu cuerpo moreno y abatido.

Regresábamos en busca de Lucio. Ya no reparábamos en las mariposas que se sostenían volando sobre las margaritas y los nomeolvides silvestres ni oíamos el silbido suave y casi lastimero de los dominoes que posados en las ramitas secas, henchían el plumaje de sus gargantas pardas. De vez en cuando volvíamos la cabeza temerosos. más, en la casa vecina, se distinguía sólo un confuso movimiento de animales.

—¿Ahora qué hago, Dalmacio?

—No te asustés, ya buscaremos tu ropa. Tapate la cabeza con hojas. Te vas a insolar.

—¿Cómo habrá visto mi ropa?

—Vió que corrías sin ella, por eso la buscó. A lo mejor la lleva a tu casa. ¡Entonces sí...!

—¿Nos habrá conocido?

—No sé; no es nada...

—No es nada pero estoy desnudo...

Jerónimo caminaba automáticamente y comprendí en trance tan desdichado, lo inexorable de las costumbres humanas. No somos bastante inteligentes como para comprender que un niño desnudo es como un pájaro, como una flor. Jerónimo con sus carnes al aire y al sol, estaba abrumado y acorralado. La humanidad vestida, era su enemiga. Yo me sentía con más aplomo. Una generosidad sin límites, me impulsaba a sacrificarme por él.

Cuando llegamos al sitio donde Lucio debía esperarnos, quedamos asombrados: no estaba.

¡Luuuuciooo! Llamé con todas mis fuerzas y mi voz se perdió en la espesura de los árboles. El silencio que siguió nos dio la impresión de una mayor soledad.

Lucio nos había abandonado: ya no tenía espinas en los pies.

—¿No te dije? Lucio tenía miedo; no es un hombre. Yo leí una vez una fábula: "Los dos amigos y el oso". Lucio es igual al que se subió al árbol abandonando al compañero. No seamos más amigos de él. Por miedo nos abandonó.

Los labios de Jerónimo temblaban. Tenía la mirada vaga y hubiera bastado una palabra de cariño, para que echara nuevamente a llorar desconsolado.

—¡Lucioooo! Llamé de nuevo. No sabía para qué, pero llamé.

En el fondo de mi corazón lo perdonaba. Comprendía que su debilidad era mayor que su osadía. No, no era valiente, y hoy me sonrío ante el recuerdo de un abandono tan irreflexivo. Huyó por solidaridad: el sintió nuestro mismo desasosiego.

Comprendió el alcance, entonces lamentable, de una aventura tan poco afortunada. Su carácter dulce, no es-

taba en armonía con las dificultades del trance. Su abandono respondía a una inclinación invencible de su naturaleza. Hoy lo perdono más que nunca, porque de la vida, no ha conocido después más que la caricia superficial de la fortuna.

—Bueno, tenemos que pedir la ropa al hombre. ¡Yo voy a ir!

—¿Y si te corre?

¡No, no me va a correr!

Una firmeza inusitada se apoderaba de mi ánimo y agigantaba mi corazón. Fue una revelación luminosa. Más que firme esperanza, la certidumbre me robustecía. Me daría la ropa, porque multitud de altas razones me brotaron de pronto en el cerebro; y un raro instinto me aseguraba que las palabras sinceras y ardientes, conmueven, no sólo a un hombre, sino a los mismos troncos desparramados por el suelo, en uno de los cuales me había sentado.

Razonamientos fundamentales se encontraban, chocaban, bullían; las más elocuentes palabras me surgían. Intuía el desenvolvimiento de una dialéctica invencible, viril y tierna a la vez. Seguro de mi embajada, quería afrontarla yo sólo. Mi individualidad infantil, rebelde y decidida, tuvo como guía la límpida moral de mi padre, para quien todas las virtudes se resumían en dos: la honradez y la verdad.

Tenía certeza: mi cometido era honrado y no diría otra cosa que la verdad. Por eso, mis pensamientos me parecían luminosos, deslumbrantes.

EL RESCATE

II

UNA nube extensa derramó su sombra viajera sobre los árboles y los campos. Del camino próximo llegaba el ruido de una volanta, que al traquetear levantaba polvo. Una mujer guiaba el carruaje y parecía mirarnos. Jerónimo se arrojó de boca sobre los pastos para no ser visto. En circunstancias más felices, su actitud nos hubiera producido la alegría de sentirnos emboscados. . . . Mientras el vehículo desaparecía, coordinaba con dificultad mis pensamientos. Decidido ya, levanté del suelo mi gorra; junto a ella, un abejorro se alzó zumbando y, pequeño prodigio, desapareció entre las hojas zarandeadas por el viento.

—Bueno, esperame aquí.

—Si te los pregunta, no le digás los nombres.

Comencé a caminar sin vacilación; pero miraba el grupo de árboles, a la distancia, como quien mira el abismo donde ha de caer.

Abriendo el espacio entre los hilos del alambrado, incliné el cuerpo, y al pasar, un pequeño gancho me re-

tuvo de la camisa; el desgarrón, no fue tan grande como mi presentimiento: el mal augurio me había abierto la tela...

La desventura se presenta a los niños bajo signos diversos. Como si hubiesen heredado las antiguas creencias de la especie, que indagaba en las entrañas de los animales y en el vuelo de las aves, se ciernen en su mundo las coincidencias predecesoras. La lógica infantil, se aventura en el mito y la adivinación.

Había perdido fuerzas mi propósito, el valor me abandonaba como humo que se extiende en el aire. Después de cruzar las vías del ferrocarril, era necesario saltar una zanja con agua. ¡Cien veces la había saltado con éxito! Pero aquel día, un pie se me embarró hasta el tobillo. ¡Mal, muy mal! Limpiándome en las matas de pastos, pensé que sería piadosa la tierra si me tragara. La empresa adquiría proporciones desmesuradas. No, no estaba ya tan dispuesto, y para hacer el camino, se me ocurrió también que nunca como en ese instante era necesario ese polvo de propiedades maravillosas de que hablaban algunos amigos. Haciéndome invisible, era la mejor manera de rescatar la ropa de Jerónimo. Pero no obstante el rigor de mis deseos, no conseguí la imponderabilidad de mi cuerpo y debí caminar con espíritu abrumado, vencido. Más que nunca comprendí a Lucio; pero al recordarlo, tuve presente la fábula, y su significación robusteció un tanto mi ánimo. La casa ya estaba cerca. Unos perros tremendos ladraban junto a la tranquera. La inminencia del instante decisivo hacía que la sangre me afluyera al rostro. Lamentable aspecto debía ofrecer mi extremada zozobra, porque cuando el hombre venía caminando hacia mí, hacía callar a los canes casi sonriendo. ¡La duda y la esperanza me confundie-

ron! ¡Oí su voz áspera, como venida de lejos, como si no le perteneciera.

—¿Vos eras uno de los que estaban en la laguna?

—Este, sí señor...

—No tengas miedo, que no te voy a comer.

—Señor, este...

—¿Dónde están los otros muchachos?

—No pueden venir... está desnudo...

Me miró con firmeza, tenía el cabello rojizo y crespo; me ahogó la impresión de que todo estaba perdido sin remedio.

—¿Cómo te llamás?

—Dalmacio Gálvez, señor.

¡Nombre y apellido le había dicho! Puesto a rodar en la fatalidad, me había precipitado en ella con ánimo irrefrenablemente inerte. Retrocedí esquivando el olfateo de los perros y tropecé con un tarro... ¡Todo me perdía! El ruido de la lata vacía me avergonzó aún más. Ya no hubiera podido articular ni una palabra sensata. El hombre era algo así como un verdugo tremendo; los árboles se desvanecían formando un extraño escenario. Ni con la mínima parte de mis planes me defendía: el cerebro se me licuaba...

—¿Cómo se llaman los otros?

Quedé estupefacto.

—¿Cómo se llaman los otros?— preguntó con más fuerza.

—Uno Jerónimo; al que se fue no lo conocía.

La Providencia debió hablar introducida en mi boca; pero era una escuálida Providencia.

—¿Dónde está el de la ropa?

—Está llorando, allá en los árboles.

—¿Y porqué no pidieron permiso para bañarse?

—Señor, no sabíamos...

Una señora se aproximaba seguida por un niño. Debiéronse iluminar mis ojos, porque lo inesperado, como una ráfaga, dio fuerzas a mi corazón; ¡la señora traía la ropa bajo el brazo!

Hubiera querido no hablar más, tomar el lío y salir corriendo hacia el camino. Dejar a mi espalda la escena final, liberarme, encontrarme a mí mismo: eso quería, porque estaba humillado por mi escaso valor, por mi cara congestionada y por las palabras que enredaba con torpeza.

El ambiente se me despejaba y era ya más firme el suelo bajo mis pies: la señora sonreía.

Quise a mi vez sonreírle y mi gesto de simpatía fue un fracaso. Las pupilas del pelirrojo no me abandonaban. Entre azorado y sonriente, debí estar ridículo.

Nadie sabrá de qué manera, ni con qué palabras fue puesta la ropa de Jerónimo en mis manos. Perdí toda noción del espacio y del tiempo. Sólo sé que al agradecerle, quise iniciar una gran oración de reconocimiento, demostrarles con elocuencia, que no estaban ante un chico vagabundo; y que al ir a buscar la ropa obedecía al imperativo de una conciencia clara como el cristal. Confieso que balbucí apenas un entrecortado mea-culpa, mientras se acercaban unos niños arrastrando un carro irrisorio.

Abrí la tranquera seguido por los perros, que olisqueaban mis ropas; mediante olfateos displicentes, se habían solidarizado con la actitud de su dueño. El instinto doméstico les arrugaba las narices. Dejé que continuasen a mi lado. Cuando se volvieron, quedó roto el último vínculo. Hombre, señora, látigo, chicos, árboles a mi espalda, quedaban como una visión fatídica. Apresuré mis pasos y al pensar en Jerónimo comencé a saborear el

triumfo apretando el trofeo rescatado de tan tímida manera. En mi prisa tropezaba con terrones. Largos y despejados me parecía el camino y como si hubiera renacido a una nueva libertad, respiraba con gusto, mientras asociaba pensamientos risueños a la indudable inquietud de mi amigo.

Impaciente, inicié una carrera jocosa seguido por un remolino de mosquitos que zumbaban sobre mi cabeza. ¡La ropa! ¡Llevaba la ropa! La encrucijada estaba resuelta. La tremenda complicación, se había deshecho como nudo que se desata por extremos inesperados. Llevaba la ropa y eso era la felicidad. Jerónimo podía cubrirse nuevamente y adquirir el perdido decoro y valor. Podría afrontar el juicio de los hombres y los rayos del sol que le habían martirizado las carnes. ¡La ropa! ¡Llevaba la ropa!

Corría ya entre los yuyos y al llegar junto a la zanja del mal augurio di un salto tal, que el barro quedó a dos metros de mis talones envalentonados. ¡Despreciable obstáculo para tamaña alegría!

—¡Jerónimo! ¡Jerónimo! - Me arrojé de bruces y crucé el alambrado sin tomar siquiera un hilo.

—¡Jerónimo! ¡Jerónimo!

Su turbia cabeza asomó sobre las biznagas. Permaneció sin moverse, absorto por lo increíble. Yo arrojaba su ropa por el aire en el colmo de mi alegría; llegué hasta él empapado de sudor. Jerónimo, no articulaba palabra, miraba sus prendas como si estuviese frente a maravilla deslumbrante.

Hoy pienso que, en verdad, eran milagrosas su camisa y su pantalón pues estaban lamentablemente deshilados y sin embargo, aún se parecían a ropas de niño. Al recordarlo así, tengo la certidumbre de que su pobreza era mayor de la que en mi infancia le suponía.

Quizá por estar tan deterioradas, me las devolvieron sin mucha resistencia, Nuestra culpa habrá parecido menor porque semejantes astrazas no despertaron la más leve codicia . . .

Jerónimo se pasaba las manos por sus cabellos húmedos. Cuando se hubo vestido, quedamos un tanto desconcertados; como si el temor sufrido, al desaparecer, nos mostrara íntimamente pusilánimes.

Nos sentamos sobre las hierbas. Solos, bajo los árboles y rodeados de campos extensos, teníamos aspectos de verdaderos vagabundos. ¿Siquiera hubiesen volado pájaros para perseguirlos y olvidarnos así del apuro pasado! El ambiente sereno era propicio a los presentimientos. Se nos ocurrió simultáneamente que nuestra pillería podría ser contada a nuestros padres. ¿Acaso no había dicho mi nombre? Eso era el colmo. Intrigas insospechadas, coincidencias fatales nos amenazaban con la seguridad de una paliza inevitable. Estábamos ante el tortuoso camino que sigue el pensamiento de la infancia asustada. Habíamos tomado aires de gravedad y mientras cortaba un gajo de biznaga, disimulé un serio suspiro.

Después de largo tiempo, resolvimos volver a casa. Ya teníamos secos los cabellos. En tal punto no éramos bisoños: el aire se había tragado la humedad delatora.

*

Sin prisa, nos pusimos de pie. Tomamos por la carretera principal a cuyos costados, dos hileras de paraísos se extendían hasta conjugarse con el horizonte. Como un ojo enorme y sangriento, el sol en declive, comenzaba a caer tras de las copas. Yuntas de torcacas se perseguían entre las ramas y los horneros estridulaban en los postes

con gallardía triunfal. Nosotros habíamos perdido la alegría, porque serios motivos nos obligaban a reflexionar.

Además, no éramos libres. Amenazas innumerables nos ataban la boca y guardábamos silencio pertinaz.

El sol doraba con luz mortecina el extremo de una chimenea, y resplandecían, apenas, algunos techos de cinc. El campo, a nuestra espalda, se envolvía ya en el silencio del atardecer. Mugidos prolongados hendían el espacio, y una bandada de morajúes dibujaba el capricho de su vuelo irregular como si el viento se los llevara . . .

EL DIABLO

SOLIA decir mi madre, para aleccionarnos, que el diablo, durante la noche, puede tirar de las piernas a los niños.

Yo no tenía convicciones muy profundas en esa materia tan sujeta a la duda, pero los cuernos enrojecidos del demonio, me espantaban tanto como su boca horrible. Lo había visto en estampas, y lo imaginaba perverso, ágil y muy peligroso. Hubiera querido negarlo, porque nunca un ser tan espeluznante podría ser aliado de mi madre: la ternura no se aviene con la malignidad. He allí el fundamento en que me basaba para poner en duda, a veces, la seriedad de tal amenaza. Pero pensaba que quizá mi madre, sin que se lo propusiera, podría atraerlo si se enojaba. El demonio aparece cuando se encienden los ojos de los que se irritan. ¡Ah! ¿Y si el diablo, lo mismo que Dios, veía todas las acciones de los niños? Mi mundo se complicaba. Sus múltiples amenazas, no convenían a una vida tan inclinada a caer en faltas. El demonio siguiéndome por las calles, era más poderoso

que el ángel de mi guarda. Me preocupaba hasta hacerme caer en hondas cavilaciones. Un punto permanecía muy oscuro: ¿cómo podía, de noche, introducirse en la pieza cerrada? Más, se me ocurría que él poseería el poder tantas veces deseado por mí: el de hacerse pequeño, invisible y recorrer impunemente todos los sitios.

Una vez pensé que mi abuela se daría un susto tremendo si yo, vuelto de pronto invisible, le cortara el rodete para arrojárselo a sus pies. El diablo poseería el secreto para cortar rodetes y reír a su gusto...

Eso lo pensaba de día; ¡de noche jamás! De noche el diablo era distinto, ni lo quería imaginar por temor de atraer su atención. Sí, el diablo existía, puesto que le tenía miedo.

Cuando regresábamos con Jerónimo, después de pasado el instante de emociones borrascosas, pensé que no bastaba ocultar nuestra aventura a mi padre; era indispensable borrarla definitivamente de la memoria haciendo esfuerzos para reír o jugar despreocupados. La amenaza se cernía sobre mi cama, agazapada en las sombras. Si hubiera poseído un mayor conocimiento de la naturaleza moral del demonio, mi tranquilidad podría haberse comparado con la de las flores en un día sin viento. Pero el demonio para mí, perseguía a los malos: de tal manera, lo convertía en guardián de la bondad infantil. Seguro de mi falta, creía posible que tirara de mis cobijas. Tenía los pensamientos absorbidos por la idea espeluznante. Deshaciendo el camino, Jerónimo me aseguraba que no iría más a la laguna; yo quería mostrarme menos temeroso.

—Poniendo uno que vigile, es fácil bañarse sin miedo; pero si te parece, no volveremos...

La conciencia me remordía más que a Jerónimo, puesto que le ocultaba mis sentimientos.

—Dalmacio, no le contemos nada a los muchachos.

—Claro, y si van otros, que los corran. Pero sería lindo contarles...

Al aproximarnos a las calles de la ciudad, callábamos, dominados por pensamientos diversos e imprecisos.

*

Para abrir la puerta que daba acceso al patio de casa, era indispensable empujarla con fuerza, apretando su falleba herrumbrada.

La abrí sin apuro: iba a introducirme en una zona de peligro. Podía denunciarme el color del rostro. Mi madre cosía en su máquina, inclinaba la cabeza sobre la costura que se corría con el movimiento ruidoso de los pedales. Pasé junto a ella silbando una canción escolar; ni me miró, siquiera. Fue una ventaja que aproveché.

Muy calladito, entré en la cocina; en el cajón faltaba leña. Era mi trabajo habitual llenarlo de combustible, habitual, pero no placentero. Siempre lo precedía una reprimenda, cuando no un castigo, porque lo único que no he sentido nunca, es el placer de trabajar cuando me lo mandan.

En una carretilla cargué los trozos de leña; me había arremangado la camisa sin notar que tanta disposición, pudo ser una imprudencia sospechosa. Empuñé los mangos como quien pone su alma en el trabajo. ¡Nunca el disimulo se había en mí revestido de acciones productivas!

Cuando mi madre me vio descargando la leña, dijo al azar pero con ironía: "Hoy va a llover..."

No, mi pobre madre no había sospechado nada. Afrontaba la vida, en aquellos años, con dificultades, y quizá eran demasiado amargas las penas que la aquejaban. La insignificante imprudencia de su hijo pasaba inadvertida, como piedra cubierta por el agua del río. Terminada mi labor, me dijo con dulzura:

—Dalmacio, tenés la cara enrojecida y bastante sucia. Andá a lavarte.

¡Nunca saqué agua del pozo con brío mayor! Sumergí toda la cabeza en la frescura del agua, tan agradable, como el rostro de inocencia, confianza y ternura de mi madre. Sí, su ternura era fresca y se acrecentaba con el agobio de sus penas. Debería sufrir mucho, porque dejó su costura para peinarme y besándome en las mejillas, dijo:

—Podés ir a jugar donde quieras . . .

Hubiera querido abrazarla fuertemente y contarle todas mis faltas; decirle también que la mañana anterior, le había roto un gajo de amaranto, y que estaba escondido bajo la maceta grande del malvón . . . Pero la dejé sin volver la cabeza, avergonzado y enternecido. No salí. Me senté en un rincón del patio con mi vieja flauta, sucia y desafinada. Tampoco tenía deseos de tocar, es decir, de soplar en ella. Los pensamientos me abrumaban y mi conciencia me pesaba como un trozo de plomo. Todo el resto de la tarde pensé en mi madre. Su bondad se me reveló tan plena como en una noche lejana, noche de invierno. La había sentido junto a mi cama, palpándome las cobijas; y cuando se hubo convencido de que estaba arropado, se retiró despacito, silenciosa; simulé estar dormido y cerré los ojos para retener con fuerza su dulce imagen. Sentía a mi madre en mi corazón.

Al anochecer salí de casa para caminar por las veredas con esperanza de hallar a Lucio, para contarle el final de nuestra aventura: historia fabulosa que compuse tejiendo detalles imaginarios. Me basaba en la heroicidad que no pudimos demostrar, y nos habíamos convertido en estupendos aventureros de capa y trabuco.

El látigo se transformó en escopeta; el dueño, en muchos hombres; nuestro temor, en valerosa actitud con evidentes rasgos de temeridad. Menos que prudentes nos mostramos desafiantes; los temblores y las lágrimas se trocaron por gestos recios de belicosidad.

Actitud aguerrida la nuestra, fue indispensable una batalla para rescatar la ropa arrebatada en un acto de egoísmo detestable. Se nos habían pedido disculpas. Fuimos magnánimos, consentimos en saludarlos al despedirnos.

Lucio no oyó el enorme cúmulo de mentiras y regresé a casa, imbuido en turbios pensamientos. Ya no era más un héroe.

Oscurecía el barrio. Algunas mujeres sacaban sillas para sentarse a tomar fresco en las veredas. Saludaba sin distraerme. Con mi gorra echada hacia atrás, caminaba a pasos lentos. Las ideas más contradictorias se me ocurrían. El secreto que debía mantener, me parecía demasiado grande; creía traslucirlo en los ojos, en las manos, las torpes manos que, cuando la confusión se apoderaba de mí no sabía donde ocultar. Pero por sobre todo, no me atrevía a enfrentar una imagen. Ahora me perseguía más que nunca. ¡Roja imagen, maligna y cornamentada! Se acercaba ya la noche y me espeluznaba la probable aparición del diablo. Hacía esfuerzo por ahuyentarlo de mi pensamiento. "¡No, el diablo es una invención!". Pero si en verdad existía, mis piernas corrían el riesgo inmi-

nente de ser tironeadas. ¿Por qué al diablo le gusta tirar de las piernas? No, pero no quería pensar más en él.

Entré en casa muy callado. Mi madre —ayudada por mis hermanas—, trabajaba sin alegría; velaban sus gestos hondas cavilaciones. Envolvían un ambiente de tristeza. Mi padre, serio, entró en la cocina; salió luego a la veranda con mi madre y hablaron en voz baja. Tanta reserva, tanto enigma, me conturbaba. Se cernía en el aire, en las habitaciones, en el patio, el presentimiento, el llanto del drama. Nada sabía ni sospechaba fuera de mis propias angustias. Por eso, me sentí hondamente culpable. Tuve la impresión de una invisible amenaza que yo mismo hubiera provocado. Mi escondida aventura se transformaba, para mí, en motivo de tristeza traído a todos los que tan caros eran a mi corazón.

Quería hablar, decir la palabra que aliviara el silencioso dolor. No obstante, circunscribiéndome voluntariamente a la realidad, comprendía que lo acertado, era callar. ¡Y callé dolorido, muy dolorido!

¡En esta nueva desdicha debería concluir un baño entorpecido por mala fortuna! Así lo pensaba. En mi corta vida, había reflexionado sobre el empeño de la adversidad: cuando nos golpea, no nos deja hasta vernos exhaustos.

*

Después de cenar, nos dijo mi madre:

—Vamos, chicos, deben acostarse, porque con papá saldremos. Volveremos pronto, pero es mejor que duerman.

Me metí en la cama desganado. Mis pensamientos se multiplicaban, se sucedían sin coordinación, como si una rueda girara en mi cerebro mostrando infinitas imágenes.

Cuando apagué la luz, aumentaron prodigiosamente. En el centro de ellas, el rostro entristecido de mi madre predominaba, las borraba, las sustituía, se agigantaba; me producía la impresión de tenerla ante mí, aureolada por el resplandor final de la luz al apagarse. A veces, círculos oscuros se me introducían por los ojos, en juego inverosímil de tinieblas irritadas.

Estuve así durante un tiempo que me pareció larguísimo. Mis imagerías me desasosegaban. Y lo que quise evitar, lo que desechara insistentemente, vino de pronto hacia mí desde su reino de sombras . . .

Sus confusos contornos se precisaron y todas las imágenes desaparecieron ahuyentadas. El miedo comenzó a dominarme. Se diluía en la oscuridad mi cerebro, mi corazón, mi cuerpo.

Apreté fuertemente los párpados y se me aproximó veloz, desplegando su capa abanicada, como atraído por algún fuerte imán. Asustado, los abrí nuevamente, y en la intensa oscuridad, se evaporó como un gas descolorido.

Lo sentía ahora en torno a mi cama palpando las colchas, y en mi angustia reprimida, grité: ¡Nilda! Mi voz hizo más profundo aún el silencio de la noche. Mis piernas me parecían larguísimas; las recogía hasta tocarme el pecho con los muslos; pero los pies tomaban dimensiones enormes, se estiraban, sobresalían de los respaldares, se prolongaban desmesuradamente en la oscuridad . . .

¡El diablo me llevaría, sí, me llevaría! Hacia esfuerzos por contener la respiración agitada. El sudor me cubría la frente.

Recurriendo a toda mi valentía, como quien triunfa o

GASTON GORI

muere, deseché mis pensamiento con fuerza; me sobrepuse a mí mismo, y sentándome en la cama, traté de ubicarme, de comprender que en la pieza cerrada, sólo estaba yo. Más sereno, traté de recordar los detalles del patio, las vides, la leña en el galpón, la cruz y las plantitas en la tumba del cardenal. . .

El viento sopló afuera y sobre el techo, rozaron ramas de los árboles. Pálidos rayos de luna platearon la ventana, como si viniesen en mi auxilio.

Insensiblemente, el sueño dominó mis párpados y sentí que la cama era tibia y blanda.

Así concluyó un día de sobresaltos.

Yo ignoraba las propiedades de las cosas e introducido en un mundo inexplicable, tenía como amiga una imaginación exagerada y fuerte.

Sí, la imagen del diablo me había torturado, porque creía posible que, en su malignidad, se aproximara a las blancas sábanas de un niño. . .

BERTA

EN la clase éramos veinticinco alumnos. Confieso que mis compañeros no me agradaban plenamente. Unos me causaban risa, otros eran torpes, y sentía cierto menosprecio por ellos, y más aún cuando tenían motivos para corregirme en clase algún error.

Porque tenía ya arraigado fuertemente el sentido de responsabilidad, que aplicaba hasta en mis faltas. Todo lo decía con convicción. Hubiera, por ejemplo, asegurado y defendido con aplomo, la idea de que una maestra es un ser superior, casi divino.

Durante los recreos, hacía zancadillas a los más pequeños, y molestaba de mil manera a los mayores. Vivir era manifestarse cruel. Pero si encontraba con frecuencia el ridículo, era porque había sentido alguna vez, la presencia de un sentimiento extraño, y concebido una existencia menos vulgar. No comprendía a los desafortunados. El sentido de la culpabilidad en nuestras desgracias físicas, no existía en absoluto y era incapaz de sentir conmiseración por otros niños.

Mis elementales conceptos sobre la vida humana, me volvían desdeñoso para con las imperfecciones. La belleza, en cambio, me deleitaba hasta aturdirme. Cierta vez sorprendí a dos palomas que se restregaban los picos, posadas sobre una derruida cornisa que doraba la luz del atardecer, y el misterio de una verdad deliciosa, me llenó de goces indefinibles.

Caminando entre las plantaciones de naranjos florecidos, aspiraba el perfume dulce y penetrante; era para mí una delectación inefable.

A mi vida bullanguera y desobediente se unía el movimiento y el color de los seres y las cosas placenteras. Era como si las guardara para mi intimidad, a manera de sahumero exquisito que me refrescara en secreto: rincones amorosos de un corazón fácil a la ternura. Desconsiderado para con mis compañeros, y con suma frecuencia cruel con los animales, sentía, no obstante, cierta piedad por la vida de los pájaros. Cada vez que tenía en mis manos ensangrentadas y culpables, sus cuerpecitos destrozados, me conmovía por un instante. La alegría y el dolor de un niño, son tan intensos como fugases.

La atracción de lo bello, me poseyó entonces, e incapaz de comunicarlo, saboreaba una buena impresión en la soledad de mi espíritu. Para mis amigos, reservaba las pullas; para mis padres, los disgustos. De aquí que una vida distinta estaba como refugiada dentro de mí. Pensamientos no comunicados; ideas absurdas; propósitos desmedidos, informes o deslumbrantes; sentimientos que un pudor invencible hacía que los mantuviera reservados. De los arañazos del exterior, defendía una crisálida ingenua cuyas alas, demasiado débiles, hubieran caído apenas descubiertas por ojos extraños.

En el aula guardaba más hondamente un secreto dul-

ce, maravilloso porque me sumergía en el mundo inquieto de una realidad incomprensible cuando más sentida. Meses hacía ya que sufría hondas emociones, sin que nadie lo descubriera. No, mi maestra no lo hubiera podido sospechar porque si mucho lo ocultaba a los ojos de mis compañeros, más aún a los de ella. Y era que una niña, sentada a la par mía, me miraba como ninguna amiga me había mirado.

¡Cuántas veces me pedía una goma prestada sin necesitarla! ¡Su voz, me parecía la voz más graciosa que oyera en mi vida! Cuando pasaba al frente y me miraba, un aislamiento completo me rodeaba y sólo existía ella para mí. En el ambiente del aula, nuestra complicidad callada daba un distinto ritmo a la vida escolar. La escuela, pronto, no fue más que ella y cada día se renovaba el encanto de mirarla . . .

¡Allí estaba el secreto de mi asistencia puntual!

Me inquietaban los días nublados; temía que las puertas de la escuela se mantuviesen cerradas. ¡No ver a Berta! No perdonaba a la lluvia que me privaba de una emoción tan tierna como nueva. Hacía esfuerzos inauditos reconcentrando mi pensamiento para obtener claramente la imagen de un sol esplendoroso despejando las nubes. Pedía así al cielo, el milagro de su color y su luz en nombre de mi corazón impaciente. Ni cuando el agua arreciaba, perdía mi fe en el prodigio. En las calles se formaba barro y poca gente las transitaba, no obstante mi idealismo me sostenía, me fortificaba.

Salía de casa a la hora de costumbre oculto bajo un paraguas enorme —gnomo cubierto por un hongo negro y amplio—

Mi cariño por Berta era tal que no sacaba la cabeza para recibir en la cara el agua fresca. La privación de este goce constituía prueba segura del poder que ejercía so-

bre mí. Fue mi primer humilde sacrificio en la larga serie que la vida amorosa me exigiría después, más duros, seguramente, cuando no dolorosos.

Evitaba la lluvia por razones de estética. Hoy, por placer la busco y la disfruto con todo el rostro azotado por el viento. Caminar contra la lluvia, verla agitando los árboles y estrellándose contra las veredas —recia, nutrida—, no es incompatible con un hondo deseo amoroso... Pero cuando niño, temía que Berta me viese desaliñado.

Sarmiento se quitó los zapatos, como dice la anécdota, para llegar hasta la escuela de la Patria. El había sido proclamado "Primer Ciudadano"; yo aspiraba a un título íntimo y muchísimo más humilde: el de amado de Berta.

¡Berta! Encontraba armonioso su nombre. Me lo repetía consecutivamente hasta perder toda noción de su sentido, para gustar luego una especie de resurrección de su imagen. Ya no era su nombre, sino su recuerdo.

En el patio de tierra, donde se hallaba el molino de viento, cuyos montantes cubría una prodigiosa glicina con flores azules, fragantes, una tarde salimos a jugar.

La maestra formó una ronda colocándonos alternados niñas y niños. Temí desde el principio que a Berta la ubicara junto mí. Y lo temido ocurrió. Varias niñas tuvieron sonrisitas maliciosas. Me abrumaba pensar que mis compañeros comprendieran mi preocupación.

Mientras la ronda giraba en torno a la "gallina ciega", giraba mi alma en un mundo confuso:

"Gallinita ciega
si tú quieres ver
a la que tú toques
debes conocer..."

La voz me salía cascada por los temblorosos movimientos de mi boca. Una ola de calor me enrojecía el rostro y como vengándome, en ningún momento miré a Berta y soltaba su mano cuando podía hacerlo. No sentí el placer del juego, porque estaba aprisionado mi corazón en mis excitaciones, en mi vergüenza, aprisionado como un pájaro en telas sutiles.

También para un niño la libertad es el supremo bien del alma y de la vida. Ella da brochazos rojos a las mejillas, soltura, vibración al canto, fuerza y amplitud a la alegría. Yo no era libre.

Cesaba la ronda y la "gallinita ciega" con los brazos extendidos, a pasos inseguros, buscaba a quién tocar para conocer... Venía hacia mí y sin poder afrontar sus manos, porque el reconocimiento polarizaría todas las miradas, las esquivé colocándome en otro sitio. Tomó la cabeza de Berta, recorrió sus cabellos, sus hombros, sus manos, lentamente. El corazón me palpitaba. Oía ya su nombre; pero no, volvía a repasar el rostro, palpaba sus vestidos... ¡Berta! ¡Berta! decía para mis adentros...

—¡Estela! dijo la "gallinita" y una carcajada general acogió el error.

Nuevamente la ronda inició el canto. Así, dos, tres, cuatro veces... Se me ocurrió absurda e interminable. La languidez se apoderaba del juego cuando ocurrió lo inesperado. La "gallinita" —un niño esta vez—, se fue acercando lentamente al sitio donde estaba la maestra. Comenzamos a reír gozosos; ella nos hacía señas para que disimuláramos, mientras flexionaba las rodillas, aparentado así, menos estatura. Se acerba, la tocaba ya; reíamos nerviosos. Berta me estrujó la mano y me miró riendo... Mientras todos se habían soltado, nosotros continuábamos asidos. ¡La toca ya!

—¡La señorita! gritó el niño.

Nuestra maestra, sonriendo, le acirició la cabeza y le quitó el pañuelo que le cubría los ojos. Berta reía y mi ánimo renació como por arte maravilloso.

La campana interrumpió el encanto. Durante el recreo, en un trozo de papel, me afané por dibujar un corazón; dentro le escribí un nombre, y bajo su vértice agudo, tracé el mío con mano temblorosa.

Berta, encerrada en el símbolo, fue desde entonces mi reina, motivo y fin de todos mis actos más nobles; heroína de mis hazañas compañera de mis ensueños. Por ella sonreía y cuando algunas de las penas, que no faltaron en mi niñez, me instruían en la parte dolorosa de la vida, ella amortiguaba mi angustia, mis rebeldías o mi rabia.

¡Nunca sabrá todo lo que significó en la existencia íntima de su condiscípulo!

Refugio y consuelo. Todo lo era, porque sería o confusa, de vez en cuando me miraba en el asomo primero del ensueño amoroso.

Por ella supe que el destino del hombre, es la mujer. Tan ingenua instrucción, aún refresca y purifica mi alma.

Berta de mi infancia; poseo el beneficio de tu candor, así como dentro de un tiesto herrumbrado, se guarda la fecundidad del germen.

EN LA LEÑA NACIO UN GATITO

DALMACIO! ¡Dalmacio! Vení pronto. "Petrona" tiene un gatito... Mi hermana me llamaba alzando sus manos agitadas, y dando voces llenas de alborozo.

Fuí hacia el montón de leña, ubicado contra el muro del patio bajo un simple techo de cinc, que lo preservaba de la lluvia.

—¡Miralo! ¡Miralo! Pobre "Petrona", parece asustada. ¡No, si no te haremos nada!

Las palabras de mi hermana me hicieron sonreír. El animalejo me pareció despreciable.

—¡No, gatito rico, no te llevaremos! —exclamaba Nilda.

—No gatito, no te haremos nada... ¡porquería!

—Dalmacio, sos perverso. Le decís porquería a esa ricura...

—No me parece lindo, y la gata, podría quedarse en su casa en vez de salir a buscar esa clase de hijo.

—No deberíamos tener otro gato. Comen mucho y no cazan lauchas.

—; Vos no deberías estar aquí!... ; Pobrecita "Petro-na"!!

Mi hermana me pareció ridícula, dulce hasta hacerme reír. Odié al gatito defendido, y como el viento sacudió mis cabellos despeinados, al saberme desaseado y cruel, me sentí orgulloso de poseer sangre tan implacable.

Nilda había conseguido colocar una pierna entre la leña, para acercarse al escondrijo de la gata. Las ramas le enganchaban el vestido y reí de su ineptitud. Salté sobre un tronco, y me eché de bruces sobre las ramas; a más de rasgarme un rodilla, conseguí extender mi brazo hasta tocar la piel suave y tentadora de la gata.

—No le hagas daño. Dejá al gatito.

—No, si te lo voy a dar para que lo beses... —dije despectivo.

La madre maullaba con dulzura. Lo alcé y se lo dí a Nilda. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo blando y tembloroso. Era una pequeña cosa fea cuya vida no significaba más que unos pocos movimientos indecisos, inconscientes, repulsivos. ; Y mi hermana le decía palabritas tiernas! No la entendía.

Entonces, la vida de los animales no me merecía un respeto muy hondo. No los asociaba a la existencia universal, más llena de penurias y dolores, que de paz y alegría. Atar un tarro vacío a la cola de un perro para verlo huir al ruido que él mismo provocaba, era un placer gustado en ocasiones largamente esperadas. Del sufrimiento, sólo me interesaba la parte risible. Nunca pude imaginar que la carga bullanguera y desesperante, era una

tremenda inquietud añadida a los múltiples sinsabores de esa especie domesticada y escarnecida. El amor y la ternura no había florecido en mí, porque apenas si tenía tiempo para disfrutar de toda la alegría recogida en la calle y en el campo. Mi salud física era demasiado exuberante; no podía reparar en la larga tristeza de los perros, en la mansedumbre de los gatos.

Batallaba, gozaba, no era fundamental, pues comprender y sentir la dulzura infinita de la piedad.

*

En pocos días, el gatito de Nilda se recubrió de pelos más definidos. No me causaba ya repugnancia, y había perdido mis deseos de verdugo inexorable. Mi hermana se complacía viéndolo mamar en la ubre hinchida de la gata, que recostada perezosamente, se calentaba con el sol.

Una tarde, mi padre dijo: —No es un gato, es una gatita.

; No sospecharía él en qué mundo de cavilaciones pudo sumergirme con su reflexión simple, dicha al descuido! ; Era una gatita!

No ignoraba que las hembras y los machos se diferencian, y porque era una gatita, sentí una atracción afectuosa, invencible.

Es indispensable confesar que al oír a mi padre, me asaltó, de pronto, el recuerdo de Berta. ; Por qué? Misteriosa asociación de dos palabras, de dos seres. Miraba a la gatita con ojos benévolos. La crueldad fue vencida por la inocente inclinación hacia mi compañerita. Sumiso, acariciaba también al animalito. Temía, no obstante, que

fuera reparado mi cambio de conducta y de vez en cuando, decía que los gatos eran odiosos.

Nilda quiso nominarla. Se me colorearon las mejillas. Yo hubiera querido darle nombre y estaba bien seguro que sería el mejor, el más armonioso, el más lindo, el más apropiado. Quise decirlo, pero me contuve; disimulé mi intención con indiferencia y sentí que el corazón me palpitaba más de lo acostumbrado. Ataba los hilos de una gomera, mientras oía a mis hermanas.

—Vamos a llamarla Micha.

—Horrible —me decía a mí mismo.

—No, la llamaremos Michunga.

—¡Peor! ; Peor!

Definitivamente, la llamaron Micha. Me levanté de mi asiento; salí hacia el patio casi consternado. ¡Berta! ; Berta! era el nombre.

Consideré desde entonces indigno al animalejo tan mal bautizado. Perdió pronto mi cariño. Nunca más volví a interesarme por él, como no se tratara de correrlo u hostigarlo.

Se había cometido un error sin reparación posible, y el cariño, apenas nacido, se desvaneció. Pero el nombre de Berta, guardado con tanto pudor, me resultó más adorable.

BUSCANDO FLORES DE PARAISO

PASANDO las vías del ferrocarril y el monte de paraísos a cuyo amparo nos acogimos tantas veces con Jerónimo, se extendían los campos labrados. Maizales hacia el este, donde el viento se raspaba; hacia el oeste las rastrojeras en reposo, y dos concesiones más adelante, un amplio alfalfar, sano, bien cultivado, hermosamente verde y florecido.

Olor a campo y a pasto maduro por doquier. A cada costado del camino, una nutrida hilera de paraísos daba sombra amplia y fresca. Eran viejos árboles, plantados allí desde los primeros años cuando los colonos venidos de tierras extranjeras se establecían contratados por el colonizador salteño.

Los paraísos parecieran haber hallado en mi terruño propicio medio para el esplendor de su follaje y la espesa fragancia de sus flores.

¡Son tan hermosos y tan simples! Tienen la hermosura de su forma y la simplicidad de su nacimiento. Su fe-

cundidad prodigiosa los salva del hacha, y retoñan profusamente sus ramas allí donde el filo los tronchara.

El inmigrante que hizo de la nuestra una región de paraísales, tuvo sin duda amor por ellos; porque el paraíso es verdaderamente un árbol que toca nuestro cariño.

Si por aceptación clásica el ombú es de la pampa gaucha, el paraíso es el árbol campesino. Donde un grupo eleva la frescura de sus gajos, habita sin duda el hombre que ara o que apacienta. Eliminado casi de los baldíos ciudadanos, crece y se reconforta con la lluvia y el viento de la campiña. Es del campo labrado el paraíso. Allí nuestra sensibilidad siente toda su sugerencia de paz y de trabajo. Y como mi zona ha sido poblada por los europeos de la primera colonia agrícola, y es allí donde crece más fuerte, más bello y numeroso, el paraíso es el árbol del campo gringo...

*

Al abrigo del sol, bajo las tupidas ramas, caminábamos Lucio, mis dos hermanas y una prima; la más pequeña, rubia y vivaz.

Era muy hermoso caminar bajo los paraísos. Para mejor contento mío, cuando llegábamos cerca de una tranquera semi destruida, en la punta de una rama seca —quién sabe por qué error o contravención a todas las costumbres de su congéneres—, con la mirada absorta en el espacio, cantaba un zorzal. Repetía dulcemente, insistentemente, una única frasecilla musical.

Su maravillosa garganta de voz aflautada ponía en el infinito azul del cielo y en el silencio de la hora, un collar de melodías.

Mis hermanas corrían de un lado para otro y al oírlas, el zorzal detuvo su canto y extendió sus alas lanzándose

al espacio. Tuve la impresión de una pérdida irreparable.

—¡Chicas! ¡Chicas! ¡Era un zorzal...!— grité a todo pulmón.

—¿Qué es un zorzal?— preguntó la primita.

¡No sabía qué es un zorzal! Para mí, que los había observado en las jaulas y escuchando con inefable delectación, era un regalo que la providencia hacía a la tierra para solaz de los hombres; una delicada construcción natural enviada para que tuvieran los campos más armonía y fuera más verídica la hermosura de las cosas cuando él les silbara desde las ramas o entre los alambres de las pajareras...

Me había asombrado la presencia del que viera en un paraíso de la región, y supuse que alguna imprudencia doméstica había facilitado su libertad. Porque el zorzal no habita en nuestra zona. Prefiere las orillas de ríos donde crecen sauzales de cuyas raíces —cortando fibras a flor de agua—, construye su nido. Árboles pequeños elige para ubicarlo y silba a prudente distancia de él. ¡Desconfía del hombre y protege su nido con defensa melódica...!

No siempre se muestra arisco y cuando se posa para silbar, sus enormes ojos pardos se abisman profundamente. Pareciera absorto en sí mismo.

No volví a ver el zorzal que espantaron mis hermanas. Me uní a ellas y a Lucio cuando, entretenidos en el sendero que bordeaba una zanja, se afanaban buscando un trébol de cuatro hojas. ¡Cuatro hojas de trébol, para la buena suerte que la vida escasamente nos brindaría después!

Beatriz, la primita, había llenado su delantal con margaritas silvestres, y muy ufana, se suponía la más importante de las señoritas...

—¡Miren mis flores! ¡Qué lindas! decía con toda su gracia, y atraía contra su pecho las puntas del delantal.

Se enaltecó Lucio con un rasgo de valentía que sólo la presencia de las niñas pudo inspirarle: trepándose a un paraíso comenzó a cortar flores y a arrojárselas a mis hermanas.

Grandes ramos lilas adornaron sus brazos, y su cabezas desaparecieron entre el color y el perfume que aspiraban con deleite. ¡Las flores del paraíso!

Un vientecillo humilde soplabá en ese instante y de una casa cercana, se oía el cacareo de las gallinas. Todo el campo parecía saturado de una fuerza misteriosa que agigantaba los árboles, resplandecía en las nubes y pujaba por hacerse maravillosa en las hierbas, en los animales y en las torcicas que buscaban compañeras con arrullos de grave dulzura.

Mientras mis hermanas gritaban a Lucio:

¡Más flores! ¡Más flores!, yo me había subido sobre un poste del alambrado para ver cómo una campesina conducía lentamente una vaca, agitando una rama recién cortada.

El verdor se extendía hasta convertirse, a lo lejos en plata brillante... Una hora después, cansados de correr, fuimos hacia el camino en dirección al poblado. Nos apresurábamos porque era indispensable llegar temprano. ¡Tampoco esa vez habíamos salido con permiso!

Siempre al retornar de una excursión, nos poseía un cansancio placentero, y para traducir el nuestro en una imagen viva, recuerdo a Beatriz, la pequeña, caminando con dificultad mientras sus brazos exhaustos, iban dejando caer sobre el camino su preciosa carga de margaritas

LAS AVISPAS

EL camoatí se balanceaba próximo al extremo de un gajo de espinillo. Parecía un enorme huevo grisáceo. Jerónimo lo descubrió, como quien halla un fruto inesperado.

—Dalmacio, un “camachú”, un “camachú”.

Fuí corriendo a saltos sobre los yuyos y lo ví cuando las avispas, espantadas por un hondazo, salían del agujero y se desparramaban sobre la áspera superficie de su colmenar. Huímos riendo a carcajadas y cubiertos con la gorra hasta las orejas. Algunas de las avispas nos persiguieron un instante, pero regresaron hasta donde sus compañeras industriosas se aglomeraban para reparar el daño. A cincuenta metros de distancia mirábamos el arbolito donde se sostenía tan inesperado tesoro. Ya nos relamíamos pensando en la rica miel silvestre, que al masticar el panal, nos chorrearía sobre la lengua regalada. Un camoatí es una riqueza, una dulce riqueza para los rapaces. Pareciera que al apoderarse de él, re-

montaran a los días en que el hombre comenzó a aprovechar las riquezas que le ofrecían los árboles, los ríos y las aguas. Es como si se les despertaran de pronto los instintos ancestrales, que hacían de los hombres primitivos, buscadores de alimentos en las selvas; temibles matadores, voraces usufructuarios de los bienes de la tierra.

Nos sentíamos gozosos porque lo hallado era miel...

Esperábamos que se apaciguara el avispero alborotado, porque, reflejándose en la luz del sol, veíamos muchísimos puntos luminosos volando en torno a la colmena. Las avispas, pequeñas y negras, clavaban un aguijón ardoroso. Si mucho nos halagaba la perspectiva del festín, más nos atemorizaba el dolor de sus picaduras. Cuando poco a poco fue haciéndose pequeño el grupo de avispas espantadas, nos fuimos acercando. Algunas continuaron zumbando en torno a las ramas, como si, irritadas aún, quisieran vengar la injuria del hondazo. La superficie del camoatí se había ennegrecido, pues todas las avispas parecían haberse convocado junto a la abertura.

El ambiente era terrible. Esperamos prudentemente, sentados a una distancia más prudente aún...

—¡Jerónimo, vamos a hacerle humo abajo para que se vayan todas!

—¿Y fósforos?

—Yo tengo.

—Bueno, busquemos palitos secos.

No nos faltaron yuyos, ni estiércol; y para que la humareda fuese mayor, cortamos pastos verdes, que colocados sobre las llamas provocarían una fumigación estupenda.

Era como si jugáramos a los indios. Las avispas, lentamente, fueron desapareciendo como absorbidas por los panales. Nos aproximamos con recelo, llevando las brazadas de yuyos. Como el viento balanceara las ramas, retrocedimos cautelosos, con la mirada fija en el avispero...; indudablemente, no teníamos interés en sentir el escozor de picaduras. ¡Qué empresa arriesgada la nuestra! Magnificábamos el peligro para acometerla con placer de riesgos derrochados. De prisa, alistamos la pira y le prendimos fuego. Una llamita comenzó a hacer trepidar las ramas, tímida, confusa; se alentó, de pronto, con los yuyos secos, y cuando llegó, audaz, a las hojas verdes, un humo espeso se levantó formando columnas volubles y blancas.

El viento nos ayudaba llevándolas contra el avispero. Esperábamos que las avispas salieran despavoridas y nos acercábamos junto al fuego para alimentarlo, y para que nos defendiera.

Algunas avispas iniciaron la evasión y pronto un remolino de puntos negros escapaba del humo. Jerónimo, de otro hondazo, abrió una brecha considerable en el camoatí, y ambos, dando grito de júbilo, arrojamos ramas y hojas en la hoguera. Se agigantaba la columna de humo y se desparramaba abarcando toda la copa del árbol. Temimos, por un instante, llamar la atención con tanto fuego, más en los alrededores se extendía un campo de rastros, sin que se viera persona alguna. Las avispas huían, como debieron huir en las eras primitivas cuando aún ignoradas por el hombre, vivían sobresaltadas por los rayos que incendiaban, con los bosques, sus moradas. El remolino desordenado, se perdió entre las hojas de los árboles, y el camoatí, envuelto en el humo, se balanceaba indefenso; Jerónimo, con un palo.

inclinó la rama, y tomándola de un extremo, la aproximó a mis manos. La sacudimos con fuerza y tras el rajido, se desplomó. Quebramos el gajo donde estaba adherido el camoatí. Las últimas avispas lo abandonaron.

Mas, ¡ay! al partirlo, sufrimos una honda decepción: sus celdas estaban vacías. Después de desmenuzar todos los panales, no encontramos ni una gota de miel; alvéolos recién construídos: eso era todo.

—Jerónimo, nos chasqueamos.

—No valía la pena.

Apagamos la última llama del fuego. No comprendíamos por qué un camoatí tan grande, no tenía miel.

—Dicen algunos que las víboras se la comen.

—A lo mejor, pero me parece que no fueron las víboras...

Dejamos los restos del camoatí esparcidos sobre la tierra, y, mientras andábamos, pregunté:

—¿Porqué pican las avispas...?

LAS NARANJAS

EERAN demasiado tentadoras las naranjas! Sobresalían del tapial las ramas, salpicada la frescura de su color, por el verde amarillento de las frutas en sazón.

Si es verdad que un pecado se hace por lo menos excusable cuando es irresistible la tentación, la que nos dominaba a Jerónimo y a mí, nacida de un invencible pregusto en el paladar, tenaz, dominadora, era casi una disculpa ante los poderes del cielo... y ante la probable persecución del hortelano perjudicado.

Casi todos los días, al regresar de la escuela, les arrojábamos algunos cascotes, tímidos, recelosos, más dispuestos a huir que a afrontar una buena provisión de naranjas. Es que dos motivos me hacían a mí, especialmente, extremar la prudencia: la amonestación en la escuela, si alguien nos delataba, y otro más seguro: el olfato de mi madre... Cuando yo llegaba, ella solía quitarme el guardapolvo. Era una costumbre que me rodeaba de peligros. ¿Cómo evitar el olor en las manos manchadas y perfumadas con el ácido de las cortezas!

Las manchas fueron una preocupación de mi niñez. Las de naranjas o mandarinas verdes, excedían los límites naturalmente reservados a la tinta o al aceite. Estas afectaban al aseo, las otras a la conducta. ¡Nunca mi madre jabonó mi ropa sin que le sugirieran todas las andanzas de su vástago pecoso y callejero!

Aquella tarde, mientras un bullicio de gorriones era absorbido por las copas de los ligustros vecinos, me quedé mirando con Jerónimo, cómo el viento balanceaba los gajos cargados de frutos. Era un atardecer invernal, sereno, gris. Poca gente transitaba y habían ya desaparecido en las esquinas los guardapolvos blancos de los escolares amigos. El silencio se tendía a lo largo sobre la calle.

—Jerónimo, si no nos animamos hoy, nunca será

—Yo siempre estoy listo.

—¿Quién sube el tapial?

—Yo.

Se despojó de sus útiles para tener libre el cuerpo y las manos. Ya en trance de aventura, completamente entregados a nuestra audacia, nos acercamos al muro de las tentaciones. Allí arriba, mucho más alto de lo que hubiéramos deseado, se movían las naranjas. Entrelazando los dedos, vueltas las palmas hacia arriba, formé un estribo. Jerónimo apoyó un pie y forcejeando asido a la pared, comenzó a trepar.

Me latía fuertemente el corazón en temblorosa expectación. Oía el ruido de los gajos sacudidos por las manos afanosas de mi amigo, y seguro de nuestra cosecha furtiva, me apresté a recibir los frutos. Jerónimo arrancaba

naranja tras naranja y las arrojaba al suelo. Algunas conseguía recibirlas en mis manos, y otras, se partían contra los ladrillos de la vereda. Temíamos oír en un instante, algún terrible silbido. La sorpresa se cernía en la calle, en los árboles, en el viento. Yo sentía a mi espalda una mirada fortísima que me llenaba de estremecimientos y que me obligaba a volver la cabeza.

Las naranjas continuaban cayendo y las que rodaban, quedaban semiocultas en los pastos. ¡Mis bolsillos reventarían con tanta fruta...!

—¡Basta Jerónimo!

Apenas terminaba de decirlo cuando mi amigo se arrojó de un salto. Nadie nos había visto. Recogimos algunas más, dejando abandonadas otras cuyo jugo se vertía por abiertas rajaduras. Con los libros bajo el brazo, caminamos procurando hacerlo naturalmente, como si nada hubiera ocurrido, queriendo quizá, hasta suprimir de nuestra conciencia la certeza del delito. Porque casi todo el campo de la delincuencia, a nuestra edad, se limitaba al pecado de robar frutas. Cuando las conseguíamos maduras, era mayor nuestra alegría y nuestra culpa, por ser más codiciadas. Si no sabíamos razonablemente que los hombres son muy celosos de su propiedad privada, teníamos por seguro que el egoísmo imponía su señorío a latigazo o con ladridos de perros. Algunos tapias exhibían un pérfido contorno de vidrio erizados... y suponíamos que estaban allí, para reservarle a los dueños las guindas, las peras y las naranjas pintonas.

Las que comíamos ahora, agridulces, fragantes, eran riquísimas. Nos sentamos al borde de una vereda para saborearlas con más lentitud. Estaba ya en nuestro pensamiento regalar las que sobraran o tirarlas bajo alguna alcantarilla.

—Mirá, hemos sido bárbaros, dijo Jerónimo, cortamos demasiadas.

—No importa. Es mejor tener muchas.

—Pienso en los filibusteros del mar Caribe. ¡Qué lindo ser pirata! Me gustan las tormentas y el mar... ¡Deberíamos hacernos piratas!

—¿Te dejaría tu mamá ser pirata?

La tarde había caído ya en penumbras. Llegaríamos retrasados a casa, pues nos faltaban muchas cuadras por caminar. Abandonamos las naranjas en el suelo y reiniciamos el regreso cuando en la esquina, dobló la volanta de un repartidor. Fue súbita la inspiración.

—¡Vamos a colgarnos!

Nos pusimos los útiles entre la camisa y el cinturón y corrimos hasta prendernos de la parte posterior apoyando los pies en el eje. Trotaban los caballos y traqueteaba el vehículo. Llenos de alegría mirábamos la tierra que parecía estar en movimiento pasando debajo de nosotros. Para mayor placer una vecina nos miró indignada:

—¡Chicos del demonio!

El aire nos enfriaba las manos y nos rozaba las mejillas donde el jugo de las naranjas comenzaba a pasparlas. Pero otra "paspadura" vino y no fue del viento...

Bajamos de la volanta a una cuadra de casa, y cosa harto sospechosa, mi padre estaba en la esquina en evidente actitud de espera. Lo vi y tuve la convicción de que la fortuna no me acompañaba. Algo debía ocurrir que pondría en peligro la tranquilidad de mis nalgas. Mi casa estaba ubicada en una esquina y tenía dos puertas de

entrada para la familia, una sobre cada calle. A medida que me acercaba iba perdiendo aplomo. Mi padre me miraba, y como tenía conciencia de mi falta, barruntaba alguna tormenta de la que no saldría ileso. No podía ni siquiera considerar la posibilidad de una invención adecuada que me justificara. Cuando mi padre me reprendía era porque estaba seguro de no equivocarse y para desventura mía, también estaba seguro de su severidad.

¡Ya hubiera querido yo que su potestad fuera nada más que una institución de orden legal! Por aquellos años yo la concebía bajo un aspecto absolutamente real y ubicada en el cinto con que ajustaba los pantalones. Su patria potestad estaba en torno a su abdomen y era de cuero.

Llegaba ya a la puerta. Mi padre entró un momento antes; apenas traspuse el umbral preguntó duramente:

—¿Por qué llegás tarde de la escuela?
Silencio mío.

—Contestá, ¿por qué llegás tarde?

Nuevo silencio. Dentro de la casa oía los pasos de mi madre. Pasos inquietos, porque ella sufría tanto como yo cuando me reprendían.

Sin que respondiera nada y sin esperar ya, mi padre me tomó de un brazo y me llevó a la galería.

—¡Así que ahora hasta saltás los tapias, y tu padre debe soportar la vergüenza de que vengan a decirselo!

—¡Yo no salté el tapial...!

Terminó por echar sobre mí toda su indignación y sin decir más me aplicó un fuerte correazo, que soporté ga-

liardamente. Mi altivez lo exasperó y me aplicó otro fuerte castigo. Comencé a llorar despacito, pero conteniéndome con gran esfuerzo.

Mi madre se acercó.

—¡Sos un bandido, un verdadero bandido!

¡Ni mi madre me ayudaba en ese trance tan desventurado!

—¡Mirate la ropa! ¡Sucio como un cochino callejero! Con olor a naranjas que da vergüenza.

Una sorda rebelión me hizo erguir la cabeza y con toda nerviosidad grité:

—Bueno, ¡péguenme, péguenme, si les gusta...!

Mi padre, irritado por mi desplante, me empujó hasta mi pieza sin conmiseración.

—Sos un hijo insoportable, quién sabe cómo terminarás...

Cuando estuve solo comencé a llorar desconsoladamente. No hallaba proporción entre la culpa y el castigo. Nunca supe valorar las faltas desde el punto de vista de mis padres... Procedía sin discernir claramente el bien del mal, puesto que para mí estaba bien todo lo que me agradaba. ¡Comer naranjas exquisitas y terminar castigado! No perdonaba los correazos y tenía una palabra denigrante para el que se ocupó de venir a casa a contar lo del tapial. Después yo lloraba desconsolado sobre la almohada hasta que fui sosegándome mientras el sueño me cerraba los párpados.

En la pieza en silencio volvió a reinar la paz mientras me quedaba profundamente dormido.

LA INUNDACION

¡AH! Dalmacio, fue un año terrible. ¡Pobre gente! ¡Cómo han sufrido los que apenas si tenían quién les diera de comer!

... Mi madre comenzaba a hablar haciendo pasmarotas con ambas manos. Levantaba las cejas, y en los ojos, tenía una expresión de asombro y de dolor. Era muy ingenua mi madre, por lo tanto muy emotiva. ¡Cuántas veces nos había narrado los mismos episodios de la inundación? No lo sé; pero la escuchábamos siempre con profundo interés. ¡Ella sabía mucho! Eran los suyos profundos conceptos sobre la vida humana, que expresaba con mucha sencillez. Había trabajado y sufrido con exceso, y conservaba una bondad conmovedora por sus semejantes.

Ahora nos repetía el acontecimiento siempre fresco de la inundación.

—Fue en el año 1914, y algunos decían “que la guerra trajo esa maldición aquí”... Comenzó a llover. Un día

y una noche cayó agua como si la arrojasen con baldes. Al principio no llamó la atención. A casi todos nos gusta ver llover tenazmente. Pero el agua continuó cayendo. Las nubes no despejaban nunca el cielo. Las calles estaban llenas de vereda a vereda, y la lluvia azotaba con fuerza las plantas, se agolpaba en las cañerías y anegaba los patios.

Pasaron cuatro días y era como si recién comenzara a llover, tan cargada estaba la tormenta. Aquello parecía interminable, porque el agua es linda al principio, pero luego, cuando ya el barro se hace insoportable, fastidia, y se desea ardientemente el sol.

La gente salía sólo para hacer compras o para trabajar. Vivíamos aislados y tu papá debió hacer sacrificios enormes para llegar al taller, volvía siempre con la ropa y el cuerpo mojados. Para mayor desventura no quedaba leña seca y se terminaba el carbón. Estábamos desolados. Muchos rezaban y pedían con fervor que cesara la lluvia y tanta angustia. Los chicos, algunos, se divertían navegando en tinajas, pero llegaron las enfermedades y también los chicos debieron permanecer encerrados. Los que iban por las calles, entre el agua, caminaban desasosegados.

Ya las veredas estaban cubiertas por el agua que había penetrado en los sótanos con rejillas a la calle. A veces la lluvia amainaba. Salíamos al patio para abrir canaletas, pero no era posible desagotarlo; estaba al mismo nivel que el exterior.

Una tarde, un débil sol apareció entre las nubes. ¡Cuánta alegría! Las señoras y los hombres, chicos y grandes, parecían iluminados por la esperanza! Pero era un sol escaso; durante la noche llovió a torrentes desen-

frenados. Sin poder dormir, llorábamos. Los vecinos se reunían en algunas casas para consolarse. Ya no quedaban velas que prender a los Santos. ¡Eso era otro diluvio!

Fueron más frecuentes las salidas del sol, escuálido, acuoso, pero los sótanos estaban casi llenos, los pozos rebasaban. Ni una sola gallina ni pollos quedaron en los gallineros; fue necesario comerlos antes que se murieran de hambre. Gatos, perros, todo moría alrededor nuestro. Algunas casas edificadas en terrenos bajos fueron abandonadas. La gente se refugiaba en los vagones del ferrocarril. No corrían trenes. ¡Ah, cuánto se sufría!

A veces flotaban en el agua restos de muebles descolados por la humedad. Pocas volantas se veían y comenzaron a aparecer canoas. El agua penetraba en todas las casas; ya nadie quería dormirse por temor a perecer.

Llanto y hambre por todos lados. ¡Qué desdicha! Cuando llegaban noticias de otros puntos, el luto se extendía por la ciudad; los alrededores estaban profundamente sumergidos. El río Salado desbordó en tal forma y creció tanto, que cubría los árboles y los postes telegráficos. Temíamos que toda la ciudad, que toda la tierra, todas las casas quedaran bajo el agua.

No podían viajar ni los ricos, porque en Santa Fe, era igual o peor, y además, era imposible ver los puentes sobre el río.

Con canoas o con jardineras se iba por las calles los caballos apenas si podían moverse y en algunos trechos, los vehículos flotaban. Y llovía, llovía sin cesar. ¡Nunca he visto tanta gente triste! Enferma de cansancio y de angustia.

Yo escuchaba absorto a mi madre. No importa que

GASTON GORI

el tiempo y el saber me hayan dilucidado valores absolutamente irreconciliables, y menos aún importan mis dudas sobre la magnitud de una inundación que creo era de dimensiones mucho menores. El alma ingenua y la infinita bondad de mi madre, son un tesoro mucho más rico que todo lo aprendido después.

Ella nos enseñó, sin proponérselo, a amar a los que sufren, a respetar como sagrado el dolor. Irradiaba una simpatía humana llena de dulzura, y un santo temor por la fragilidad de cuanto vive sobre la tierra...

LAS GOLONDRINAS DEL CABILDO

EL Cabildo se llamaba el edificio municipal inaugurado en 1881. De estilo monumental, es exponente de una época de florecimiento económico y de vivos intereses ciudadanos. En el centro de su frontispicio, un escudo épico, en bajo relieve, emblema de la colonia agrícola. ¡Un ancla entre dos gavillas de trigo! Ellas alentaron la confianza en el rudo trabajo campesino —con ensueños de espigas maduras—, a los extranjeros que llegaron a nuestros puertos para diseminarse y poblar después tanta tierra fecunda. Es símbolo generoso de una nación que desde Santa Fe inició la vigorosa marcha que tuvo por amparo el Código Constitucional de 1853.

¡Inmigrantes sobre el suelo virgen de la Patria! ¡Ríos de nueva sangre y fuerza de nuevos brazos, para que alzasen desde las llanuras ubérrimas, un nuevo canto con el trajinar de carros, con el sonar de yunques en el abierto seno de la tierra arada y en la gloria de las cosechas

Las espigas llegaron al escudo como esperanza y rea-

lidad. En el de Casilda, en amplio panorama de mieses por recogerse, atraviesa el ferrocarril en marcha, mientras en su fondo calientan e iluminan los rayos del sol.

Ambos trazan la fisonomía de una época.

*

Las golondrinas, habían anidado en el escudo del edificio municipal. Golondrinas para el gozo de la contemplación pública. Cuando ya los naranjales de la plaza habían florecido en estrellitas blancas, salpicando su follaje de perfumes, y en los pinos que entonces la adornaban rumoreaba pacífico el viento de setiembre, amplios círculos describían en el cielo las golondrinas, como si fueran sembrando sus silbidos para anunciar que, fieles al amor de su nido, retornaban con la alegría de ver el terruño, plantas, flores, nidos y el escudo donde aprendieron a extender sus alas para lanzarse al espacio y a la libertad. ¡Nunca he permanecido tanto tiempo como entonces observando el vuelo de los pájaros! Es que las golondrinas tenían para mí una significación espiritual trascendente. Era una mezcla de curiosidad y amor. No eran pájaros que perseguíamos, porque una aureola de delicadeza las rodeaba y las protegía.

Tuve el primer conocimiento de ellas en un relato de mi padre. Así, supe que una parejita durante muchos años había anidado en el alero de la humilde casa donde vivieron mis abuelos. Señaladas con una cinta roja, regresaban con precisión todos los años y se cobijaban en las habitaciones cuando las sorprendía algún enfriamiento inesperado del clima. Otras se refugiaban y construían sus nidos en el pozo. Se posaban en el crucero y entablaban bulliciosas "conversaciones".

¡Hermosura de choza rodeada por el vuelo de las golondrinas! Por eso las amaba. Eran casi un culto de familia, truncado por la adversidad de los años que obligó a desprendernos de una pequeña propiedad. Conservábamos el recuerdo como un privilegio por habernos favorecido las golondrinas en la elección de su morada.

No sé si son muchos los que recuerdan a las golondrinas del Cabildo. Eran dos hermosas parejas; más grandes que las que suelen verse en nuestros campos, rozando veloces las gramillas.

Casi siempre volaban hacia el norte sobre la plaza y a veces, las he sorprendido en sus raudos descensos desde la altura, e iban después a detenerse en el borde de una cornisa del frontispicio. Sin duda cazaban insectos y quizás en sus nidos, ya piaban los polluelos.

¡Nunca pude mirarlas sin sentir un emocionado pensamiento de belleza! No lo sabría hoy precisar, pero en aquellos años las unía a la frescura del ambiente, al verdor de los árboles, a los canteros florecidos y a mi propia alegría de andar por las calles en libertad... ¡Las golondrinas eran la hermosura de vivir!

Ahora, habituado a reflexionar y también a buscar interpretaciones placenteras o justas a los fenómenos, y escuchando mis sentimientos más puros, veo en las golondrinas del Cabildo un símbolo natural, que se enraíza en el corazón de los inmigrantes pobladores de mi ciudad.

Ellos vinieron con el alma deslumbrada y con firme esperanza en las riquezas del suelo. En su mayoría vinieron, si no para retornar, con la ilusión de regresar a su patria, reconfortados por el oro de las mieses recogidas

en abundancia. Y habían arraigado en la tierra, así como el ombú que hunde sus raigones para afirmar su fuerte prosapia de llanura, pero el pensamiento era un continuo retornar de golondrinas al amor del lejano terruño.

Cuando en el escudo del Cabildo, ornado de mieses y ancla, anidaron las parejas amorosas, se cumplía una parte del símbolo.

¡Vuelos y libertad de pájaros que empollaron junto al ancla y las mieses! Allí volvían cada año para encontrar también multiplicados los hijos del pueblo.

Pasó, no recuerdo si una década, desde que yo las viera por primera vez. El edificio fue reformado, pintado su frente y aberturas. La higiene barrió con el nido y desde entonces, nunca más volvieron las parejas a volar en nuestro cielo pueblerino, ni a descansar sobre la cornisa donde antes posaron.

¡Ya no podrá otro niño unirles a sus sentimientos de hermosura! Se ha perdido una belleza; y si es sensato no lamentarla, por las circunstancias, es casi necesario recordarla como un punto de elevada delicadeza.

Y así queda definitivamente cerrado el símbolo: desaparecieron las golondrinas del escudo, cuando ya no hay inmigrantes que quieran abandonar el suelo donde se sustentaron. Sin pensamientos de golondrinas, han hecho los colonos que las espigas emblemáticas sigan siendo una realidad en nuestra región que fue el alma agrícola de la patria floreciente.

PAJAROS PRISIONEROS

NUNCA faltaron pájaros en las jaulas de mi padre; una de ellas era enorme, construida de manera que su piso era la tierra y allí había hierbas y pequeños arbustos, en parte bajo techo y en el resto penetraba el sol, el viento, las lluvias. Las voces del campo, aprisionadas entre los tejidos, nos despertaban al amanecer. Se unían al bullicio de gorriones y urracas que habíanse refugiado, con el caer del crepúsculo, en las copas de los paraísos.

La variedad de los gorjeos era tanta, que el pequeño pedazo de tierra que nos pertenecía, se animaba desbordando cantos. ¡Jamás el sol apareció alumbrando el patio en silencio!

Pájaros, viento y sol, en maravillosa orquestación, saludaban las mañanas de primavera. Los vecinos no permanecían ajenos a ese encanto y disfrutaban del raudal canoro. Mi padre silbaba junto a los tordos que estimulados, aleteaban de gozo. Hay pájaros que viven alegres en cautiverio. No languidecen. Se les abren las puertas,

vuelan, silban, festejan y vuelven luego por sí mismos adentro de la jaula, para continuar interminables gorjeos. Los tordos criados desde pequeños, se tornan remolones y besuquean graciosamente; fingen dormirse sobre la palma de la mano que los sostiene. Comprendo que algunos valoren, amen y estimen más su presencia en los patios, encerrados, que su libertad en los bosques. El hombre suele distraer sus muchas amarguras y labores, con la felicidad sencilla de acariciar un ave mansa.

Yo abriría las jaulas del mundo para que, con las alas extendidas, todos los pájaros viviesen libres, tan libres como el viento. La libertad es un don insustituible; ella, sólo ella, hace que la vida guste plenamente y que se logren instantes de felicidad.

Los pájaros encerrados se me ocurren poetas perseguidos. No les fue dado el poder de expresar con sus gargantas todos sus disgustos, porque entonces, también el alba que doraba los ladrillos del patio, se hubiera levantado para alumbrar las canciones desdichadas. ¡Poetas encarcelados y poemas rabiosos en la estridencia de las gargantas diminutas!

La bondad de mi padre, con la frescura de las mañanas, sonreía al dolor inexpresado... Festejaba el baño de los cardenales que sacudían sus alas sumergidas en el agua; silbaba a los canarios que picoteaban yemas de huevos cocidos. Las martinetas huían bajo los altos helchos: por su instinto arisco, no se reconciliaban jamás con la voluntad del carcelero. Fuera de su ambiente, golpeándose a veces contra el tejido, sangrabanse la cabeza.

¡Manchas de sangre, en el recinto de su cautiverio!

No habían olvidado el horizonte verde, los chulquis espinosos, ni la esmeralda neblinosa de la tierra amaneci-

da. Apenas si, cuando a nadie veían, se revolcaban en el polvo para picotear raíces, como en sus días libres de los campos cordobeses. Nosotros las mirábamos con predilección, porque significaban toda una historia cinegética en la que no habían faltado las peripecias de un largo viaje, los peligros de las víboras y las garrapatas adheridas a la piel de los perros adiestrados.

Mi padre amaba los pájaros. Su afición había conseguido prodigios. Representantes de las islas y esteros, de los bosques y llanuras, lucían sus plumajes conviviendo bajo un mismo techo en grandes jaulas con piso de tierra.

La estridencia de los cardenales se unía al melancólico, al nostálgico borboteo de notas que los "charlatanes" soltaban mirando de soslayo los medallones dorados que la luz desparramaba sobre el piso de las jaulas.

El vuelo de los "crestudos amarillos" paseaba por el reducido espacio, el esplendor de sus alas, y la melodía de sus cantos, brotaba del pico, apuntando al cielo. Era como una llamada a los poderes naturales que no los habían privado del encierro tenaz. Sonora protesta que interrumpía largos períodos de resignación.

Los pájaros suelen impresionar tanto por el retraimiento como por la aceptación callada de una desdicha que no comprenden. Los mirlos desambientados parecen por inanición. Yo he visto, cierta vez, a un niño, soportar en un rincón un castigo, sin llorar. Es que no comprendía su culpa, ni comprendía la penitencia. ¡Su silencio, era silencio de pájaros cautivo!

Mi padre disfrutaba de las canciones y no era poca su ternura. Pero nunca los prisioneros alados le brindaron la delicia de un nido, con el piar de los polluelos. ¡Entre

los alambres se negaban los silvestres a dar prole de esclavos, de domésticos! La maternidad, la cálida maternidad de los pájaros, exige la dimensión de los campos, el ejercicio libre de su inteligencia, de sus instintos amorosos. ¡La libertad es el elemento primero en la tarea delicada de tejer un nido! Pareciera que los pájaros que ejercitaron en el campo el vuelo inicial, quisieran para sus hijos el privilegio de soltarse desde la copa de un árbol, desde la ramita de una planta, o del hueco elevado de un tronco. La jaula los humilla.

Sólo el canario, de antiguo domesticado, en cada estación propicia, causaba regocijo con sus pichones temblorosos, de picos desproporcionados y estómagos insaciables.

¡Y no faltaron canarios rebeldes que despedazaron sus críos, apenas nacidos! Nadie explicará el misterio de esas madres doloridas. Un pájaro aprisionado, es un fracaso del alma.

Cuando pensamos en la vida de los pájaros, si no aceptamos la tesis que los considera inteligentes, es porque el hombre ha dado pruebas tan extraordinarias de su talento creador, que resulta insignificante detenernos a investigar si alguna forma de pensamiento tienen esos seres pequeños que, cerca de nosotros, soportan las adversidades del mundo y disfrutan, también, de alegrías.

¡Quién nos niega que la canaria infanticida no era madre desesperada por la ignominia de un encierro angustioso! Quizás con los golpes de su pico ensangrentado, se blasonaba dolorosamente vengado la esclavitud de su especie. ¡Exabrupto inesperado, trágico mandato, rendía a la libertad el holocausto desgarrador!

Dijo una eminente española: "Es preferible ser viuda de un héroe, que esposa de un cobarde". Admitamos rústicos razonamientos en los pájaros y admirémoslo traduciendo su trágico canto: "¡Es preferible no ser madre, antes que procrear esclavos!"

Un gorjeo es un punto de belleza. No nos sorprendamos pues, que el hombre suela sentirse ávido de sus melodías. Nadie se admira de que un gran ramo de flores se marchite, después de haber dado perfume y color al ambiente de un íntimo recinto.

Mi padre amaba los pájaros. Nunca su pasión fue compartida por mi madre. Ella era sensible de manera distinta. Hubiera querido darles libertad a todos. ¡Para qué —decía—, encerrar a esos pobres animalitos? Pero en el fondo se sentía complacida cuando alguien admiraba tan variada colección. —¡Cómo cantan!— solía decir, cuando trabajando junto a ellos, nos aturdían los vibrantes silbidos de los cardenales.

Cuando dormíamos más de lo acostumbrado, se lamentaba así:

—Si se hubieran despertado temprano, hubiesen oído los pájaros.

¡Oír los pájaros era un premio gratuito y hermoso! ¡Cuántas mañanas de primavera, cuando los paraísos perfumaban la galería con sus flores, me he sentado en un banquito para ver como bajaban los pájaros a picotear el alpiste nuevo! Con bulliciosos aleteos se agrupaban en las cajas y con rápidos movimientos, sus picos descascaraban las semillas. Tenía mis preferidos entre la multitud canora y eran aquéllos que yo había traído de los campos con las alas rotas o aprisionados en la trampera. Eran

los míos. Un "pirincho" manso, solía acercarse para atrapar lombrices que, adheridas a los tejidos, aún no había devorado el zorzal, el mimado de ojos enormes y mirada pensativa. El "pirincho" se refugiaba en la leña y tomaba el sol sobre los troncos. Correteaba chirriando entre las ramas. Su cola larga y pesada hacía de él un ave torpe. Un día no compareció a la cita alimenticia... y desde entonces, no lo vimos más. Fue sugerente la conducta de la gata que se mostró esquiva. No hay duda: ella conoció el epílogo de una existencia que estimábamos. Muy íntimamente lo habrá conocido, y no es errado sospechar que ocultó el secreto relamiéndose...

La vida de nuestros pájaros me tocaba de cerca el corazón. Tanto es así, que al evocar mi niñez, no resulta difícil rodearla de silbidos que, anunciando el albor sonrosado, se incorporaban al ajetreo del doméstico ritmo.

Hubo pájaros y árboles, y también de vez en cuando, lágrimas, en el asomo primero de una vida que no desconoció la angustia ni el dolor...

EL ENTIERRO DEL CARDENAL

JUNTO a la pileta del agua, apareció muerto. Tenía el pico hacia arriba y las alas abiertas en gesto de abandono definitivo.

Aún las hormigas no había llegado hasta su cuerpecito exánime —montoncito de plumas que refrescó la delicia del viento campestre.

El copete rojo, que se erizaba en la pelea o en el desafío vibrante de su canto, estaba aplastado contra la tierra.

Habría muerto al amanecer y quizá en un esfuerzo final por aproximarse al agua.

Cuatro años llevaba de encierro y era el más amado, por su soberbia, por su rabia desafiante. Era el caballero indomado entre la turba alada. Agredía y silbaba. Por su actitud rebelde, se constituyó en "llamador" infalible, que atría a sus congéneres y se trababa en pelea obstinada a través de los alambres. Su pupila brillante se

enrojecía cuando, silbando, hinchaba el pecho como exhibiendo el blasón cárdeno que lo recubría. Perseguía implacablemente a los "nuevos" y cuando se refugiaban abatidos entre los helechos, volaba al extremo superior de las ramas para lanzar, como desde una almena despejada, el sonoro torrente triunfal.

Ahora, era una poquita cosa exánime. Algunas hormigas comenzaban a aproximarse a los despojos, una hilerita oscura y tímida.

Toda la hidalguía del cardenal, toda su historia, desde el nido cubierto de plumas, hamaqueado por el viento, hasta el instante final, no era ya más que materia inanimada para nuestra pena de verlo muerto.

¡Quién podrá decir de sus vuelos amplios en los montes, quién de sus goces, quién de su agreste sensibilidad destrozada entre los alambres del encierro! El cardenal estaba muerto.

Lucio llegó en el instante en que Nilda, saliendo de la jaula, cuyas puertas cuidaba yo, traía el cuerpecito rígido.

—Hagámosle un entierro— dijo mi hermana menor.

—Sí, enterrémoslo y pongámosle flores. El cardenal era el más lindo de todos.

Mi padre se aproximó a nosotros y tomándolo en sus manos, lo miró un instante y me lo dio sin decir palabra.

Mi padre amaba también a su "llamador". El nos contaba que cuando niño, había criado uno y que para resguardarlo del viento, lo cobijaba entre su cuerpo y la camisa.

Con un pequeño envase de lata hicimos el féretro. Habíamos adoptado rostro solemne, como si jugáramos a estar tristes.

Con muerto y flores fuimos hasta la fosa descubierta, donde algunas lombrices se retorcián. Colocamos el cardenal sin decir palabras, ajenos por completo a los ruidos de la casa.

Queríamos eternizar la memoria del pájaro cuyas estridencias, antes nos habían interesados más que el silbido de un gorrión. Las flores que lo rodeaban revestíanlo de más notable jerarquía. Las ofrendas se sucedieron y pronto estuvo cubierto de color y perfume.

Mis hermanas colocaron la caja en el hoyo; Lucio la cubrió de pétalos. Yo hice de sepulturero amontonándole tierra con el cuchillo, y luego, puse el epitafio:

"Aquí duerme el "llamador",
se murió una mañana".

Se había muerto una mañana y ante de que llegara la tarde, el montoncito de tierra cubierta de belloritas y rosas, lo ocultaba a las hormigas y lo guardaba para nuestra veneración.

Diariamente con mis hermanas le colocábamos flores, y nos hicimos mutuas promesas de no abandonarlo jamás. ¿Cuánto duró nuestro culto al muerto cardenal? Bastó que una lluvia borrara el montículo, para que nunca más volviéramos a levantarlo, para que nunca más le colocáramos una flor. Quizá agradecemos al agua que nos liberó del monótono compromiso.

Vivíamos de prisa, y un cardenal, muerto o vivo, no podía detenernos.

¿Venerar al pájaro? ¡Era mejor correr por las calles, ir a la laguna y ver el vuelo de las torcacitas!

No están más arraigados los sentimientos en los hombres. ¡Cómo una sola lluvia arrasa montículos y cómo sobre el suelo limpio, nacen nuevos brotes, nuevas plantas, nueva vida, es decir, alegría y esperanza, risas y llantos nuevos!

EL CEMENTERIO VIEJO

A la entrada del cementerio viejo, dos altos cipreses, como dos vigías, cuando susurraban con el viento, entristecían más el lugar; cuando serenos, rígidos, se destacaban en lo azul del fondo, eran como dos guardas venerables, puestos allí para solemnizar sueños eternos. A medias se cerraba el herrumbrado portón de acceso, adheridas sus bisagras de hierro a la pared donde faltaban hileras de ladrillos, cuando no, pilares íntegramente destruidos por el tiempo y la inopia.

Altos herbázales crecían en el interior y apenas si uno que otro panteón conservaba vestigios de su formas primitivas. Tumbas y nichos abandonados, habían sido abiertos para incinerar los esqueletos o sepultarlos definitivamente en osario común.

Allí habían reposado los restos de los primitivos pobladores de la colonia agrícola que, con la inmigración, abriera un nuevo rumbo a la vida del país. De los que llegaron en el "Killián" o en el "Lord Raglan" pocos

deudos quedaban ya para recoger cenizas y transportarlas al cementerio habilitado más lejos de la ciudad.

Cruces de hierro, desparramadas, tenían aún remachados en el centro corazones de bronce con inscripciones borrosas. Alguna que otra imagen religiosa se confundía con los escombros. Restos de antiguas veneración, patrimonio de quién sabe qué madre llorada, de qué hijo largamente lamentado. El "cementerio viejo" con golpes de picos y palas iba desapareciendo. Removida la tierra, afloraban maderas podridas de los ataúdes que los peones removían sin emoción. ¡Habían abierto tantas tumbas ya!

Algunas familias, se hacían cargo de restos antiguos sin que faltaran oraciones y lágrimas.

Nuestra curiosidad era enorme. Ibamos todos los días a observar los trabajos y seguíamos los desentierros, ávidos, infatigables.

Leíamos viejas inscripciones en las lápidas; las sencillas lápidas puestas sobre tumbas a ras del suelo pues con los años, era lo único que quedaba de los túmulos. Nombres y apellidos alemanes o franceses, de difícil lectura para nosotros. Venía así la remoción a turbar el descanso de los pioneros de la pampa —"donde los ojos gringos, fueron multiplicados"—, colonizada por los que abatieron árboles y despejaron llanura; los que abrieron surcos en tierra virgen con rústico arado de manceras y reja única, fusil al hombro. Energía de medio siglo, con sudor y sangre en la ruda labor campesina, o en el yunque donde se forjaban trenes, llantas, puntas de ejes . . . Energía, sudor y lágrimas, y también alegría en la nueva patria donde las canciones gringas, ponían a veces una nota de nostalgia: renovadas visiones del terruño lejano, océano por medio.

Con la demolición de nichos iba a quedar arrasado un

escenario de antigua veneración, y un rincón ligado a la historia del pueblo. Bajo esta tierra removida, habían reposado en el sueño definitivo, parte de aquellos que al darse con amor a la llanura salvaje creaban su riqueza, sin olvidar que levantaban sobre los campos, los cementos de la Argentina agricultora e industrial. A la vez vencidos y triunfantes, reposaban en la dulce tierra. Vencidos, porque su enorme seno, se les abrió para albergarlos abatidos en el aniquilamiento final; triunfantes, porque la visión de trabajo y riqueza, y el ideal de libertad y bienestar —vislumbrada la una en tierra extranjera y fecundado el otro en ésta de promisión—, quedaban en la sangre esforzada de sus hijos; retoños —que el sol campestre y el labrado de la tierra enrudecían—, entregados al encumbramiento de la Patria, hermosa y rica. Las cenizas, como el ingenio, confundidos en el proceso total —tierra y sociedad—, devinieron pampa nueva.

Aquí y allí, huesos descubiertos. Cuando no había quien los recogiera, algunos restos eran arrojados en el hoyo común. ¡Polvo anónimo! Es decir, de todos; de los que cruzan caminos despejados; de los que labran campos y atraviesan ríos; de los que se entregan al reposo de la abundancia en el suelo agrícola; de los que buscan aún donde sentar plantas, donde hundir sus rejas. ¡Polvo anónimo! Polvo de inmigrante que reclama la Patria . . . Suyo es. El le ha dorado la faz con el oro de la espiga; y, para darle más, le entregó su fe en el vibrante reclamo del Himno . . . Porque al erguirse el gringo para ver la extensión móvil de las mieses maduras, con el sol brillando en su rostro, seguro, fuerte, sentíase colmado por abundante emoción de libertad. De la dura faena sobre el surco, no separó su ideal. Honda clavó la reja, firme condujo los bueyes, pero no olvidó que la riqueza, no está toda en la simiente multiplicada. Alentó su amor por la

cultura y por las leyes justas; tuvo maestros, y empeñó su ardor en la revuelta civil.

¡Esforzados obreros de la colonia agrícola! Lloraron también la ingratitud del suelo áspero. No todo fue abundancia, ni todo esplendor; ruda, sí, la tarea, y con frecuencia, pobre el mendrugo...

Para trillar, machacaban las espigas, junto a las eras, a trote de yeguarizos. ¡Y era el alborozo de recoger los granos como si guardaran la esencia de sus sueños! Cosechas bendecidas con lágrimas, doloridos aún por la visión fatídica de las langostas que en tupidas mangas, se asentaban en lo verde, y dejaban al volar, desnudas las ramas, desolados los campos.

Forjaban en los yunques sus propias herramientas. Se les encendía el rostro de amplias barbas, brillando el pecho desnudo al resplandor de la fragua. De la casa, entre árboles en medio del campo, se oía la canción de los martillos repicando en las bigornias, y el monorritmo de las maderas serruchadas.

A golpe de hacha, retrocedía el monte de algarrobos y chañares, abandonando el botín: troncos para leña y tierras de labranza...

Con más curiosidad que emoción, veíamos remover las fosas donde muchos pioneros habían sido sepultados.

Un atardecer, el último carro se alejaba del cementerio cargado de hierros herrumbrados. Concluida la labor, sólo quedaron escombros, tumbas descubiertas y los cipreses esbeltos, que susurraban sobre la tierra removida.

Años después, con la recordación y el homenaje, se grabó la placa: "Tú que los guardas, ¡oh! madre tierra, devuélvenos con la mies dorada y prieta la fe de sus corazones esforzados".

EL DUELO DE JERONIMO

HACIA más de una semana que el padre de Jerónimo estaba enfermo cuando una tarde oí decir a mi madre:

—Parece que don Jerónimo está grave y va a morir...

En aquellos años, no poseía claramente la idea de la muerte. Moría un pollo, moría un pájaro, morían personas a quienes apenas si conocía. No había sufrido la impresión íntima y segura de los efectos morales de la muerte.

Cuando oía decir: falleció Fulano se me antojaba un cambio de estado de naturaleza grave que traía en su esencia la idea de tristeza y también de ramos de flores y coronas perfumadas. Se me escapaba casi toda la trascendencia de la muerte. Y años después, se me ocurrió que cuando alguien moría, al ser enterrado producía en torno desconsuelo así como una piedra recién caída en el mar deja estremecimientos que luego la brisa y las nuevas olas apaciguan. Pero a la muerte, como disgregadora total, como inexorable aniquilamiento del individuo que

ocasiona a veces desamparo y miseria, no la conocía. Ignoraba su consecuencia humana y social y la necesidad de trascender, preocupación de la religión y la filosofía de los hombres.

Cuando oí a mi madre, tuve la impresión de que algo serio iba a ocurrir. Sentado en el patio de casa sobre un dornajo quise reflexionar y penetrar el secreto dolor de la muerte. Era muy distinto andar correteando entre las tumbas del antiguo cementerio, a enfrentarse con el conocimiento emocionado de que un hombre querido iba a morir.

Un extraño sentimiento me dominaba y se comunicaba con el ambiente que en torno mío había adquirido profundo sosiego. Serenas estaban todas las plantas; los árboles se enhestaban como monjes de una rara congregación; ni una hoja se movía y el silencio parecía prolongarse por sobre todas las cosas, por sobre todos los seres, como si todos los oídos humanos y la actitud expectante de los objetos estuvieran atentos a voces que, sin ser escuchadas, se esperaban: "El padre de mi amigo va a morir".

Algún ruido que llegaba de la calle adquiriría la significación de un presagio más, porque todo sonido rompía tímidamente el silencio y también parecía anunciar que, no lejos, alguien nos dejaba.

Estaba hondamente impresionado por los signos naturales que me parecían anuncio de una mala noticia. Después de un largo periodo de silencio en todo lo que me rodeaba, se oyó un aullido de perro que, como si se hubiera incorporado misteriosamente a cada partícula del aire, pareció posesionarse de la quietud de las plantas y quedar dominando entre el cielo y la tierra.

Si, cerca de casa, estaba grave el padre de Jerónimo. La sobrecogedora serenidad de todo cuando vivía, no era

más que una profunda expectativa ante un suceso de misteriosa trascendencia.

A la mañana siguiente, desde la calle veía varios vehículos apostados a su puerta y algunas personas que conversaban. El barrio parecía cambiado. Mujeres conocidas cruzaban la calzada e iban a la casa del duelo. Mi padre salió vestido con su mejor traje y adiviné que él también despediría a don Jerónimo. Lo seguí mirando para verlo caminar. ¡Cómo me agradaba ver a mi padre caminando bien vestido...! Tenía un andar lento y firme; levantaba un poco la cabeza, sin orgullo, pero como realizando la limpidez de su frente. Movía con lentitud los brazos y parecía dominar las calles. Poseído por el placer de sentirse respetado y de saludarse con gente conocida, una noble expresión le revestía el rostro de amable dignidad.

Un amigo se le acercó y juntos siguieron al paso conversando pausadamente. Como en la tarde anterior, volví a sentirme embargado por cierta solemnidad de pensamiento. Extraños me parecían el ruido de los coches y el trotar de sus caballos, como si resonancias profundas me despertaran misteriosas intuiciones. No ya por una muerte que sabía segura, sino por lo que ocurriría en el alma de los que iban a rendir homenaje póstumo al vecino. Humildísimo homenaje a su mérito de haber sido sencillo, a su medianía sin visibles sobresaltos. Comprendí entonces que es preciosa una vida por poco que haya trascendido entre los hombres, y que la muerte, como una restitución al seno del Creador, es misterio sagrado e insondable.

Más personas se dirigían a la casa de mi amigo, eran todas conocidas: la anciana de la esquina con su libro de oraciones en las manos sarmentosas, y vestida con falda luenga, falda tan sin soberbia, que no desdeñaba arrastrar

el polvo del camino; el changador, enjuto, con un enorme quiste en la sien derecha que le impedía calzar el gorro de lustrosa visera; el viejito capataz jubilado, en mangas de camisa, con las manos en la espalda, encorvado como si llevara sobre ella un peso excesivo; iba fumando su pipa, cuya lumbre, creo que se apagó cuando también para él llegó la hora de mirar por última vez la hermosura y la miseria del mundo.

Me sentía ahora dominado por recelosa curiosidad, y caminando despacito, hice la cuadra y media que distaba de la casa de Jerónimo, y allí, en la puerta de entrada, sin que para nadie pareciera existir, como si un niño fuese comparable a las cosas que se miran pero que no se ven, rodeado por hombres que conversaban, que acaso reían, levanté en mi pensamiento la figura morena y desgredada de mi amigo. ¡Qué importancia había adquirido! Lo imaginaba serio, callado, pero con una reprimida satisfacción por sentir que su tristeza y su duelo elevaban su ascendiente y lo revestían de piadoso respeto. Ya no era el pibe libre en calles y baldíos, señor de su gomera, corredor y matapájaros. Y cuando lo vi cruzando el patio, vestido con pantalones limpios y blusa gris, con una pequeña cinta negra sobre el lado izquierdo, no me atreví a llamarlo ni a acercarme pues me separaba un grave sentimiento de respeto y realzábalo a tal límite, que me resultaba imposible llegar hasta su soledad.

Confuso, me retiré para evitarlo; pero él dominaba mi imaginación. Lo veía transfigurado por un acontecimiento capital; el duelo le creaba una atmósfera de protagonista; su seriedad y su tristeza hacían que mi pensamiento le otorgara una vaga autoridad sobre las cosas más difíciles de la vida. Nunca supe cuánto sufrió la muerte del padre, ni si tuvo la ingenuidad mía cuando pensé que en el jui-

cio ante Dios, podría don Jerónimo ser castigado por error . . .

Los más serios problemas que preocupaban mi niñez, los he meditado bajo los árboles umbríos, quizá porque su frescura fue siempre beneficiosa para el descanso de mi cuerpo y para dulcificar mi espíritu. Después del entierro de don Jerónimo, cuando para el común de la gente había recobrado normalidad el cotidiano ritmo del barrio, yo hasta con el aire respiraba misterios sin distinguir sagrados de profanos. Mi madre, cruzando entre plantas de amapolas, y recogidas las puntas del delantal lleno de lechugas recién cortadas, se acercó sonriéndome con apacible dulzura.

—¿En qué piensa mi bandido?

—Pensaba cómo hará Dios para conocer a toda la gente que muere y no equivocarse al castigarla . . .

—Tonto, Dios no necesita conocerlas como las conocemos nosotros. Todos somos de Dios y El nunca castiga, comprende nuestra vida y le basta saber que los malos sufren más que los buenos.

Esto dijo mientras se ponía a la sombra para que el sol no marchitara sus lechugas; y con ánimo pausado, mirándome con ternura que le brotaba de lo hondo del corazón, prosiguió:

—Ya llegará el tiempo en que pensarás verdaderamente sobre esto; dejá ahora a la muerte y a Dios, y andá a escardarme los canteros invadidos por las quinuas . . .

Me sentí reconfortado más por sus modales que por sus palabras, y mientras ella se iba, tomé la azada y carpí la tierra hasta que lo agradable de la labor, me hizo olvidar preocupaciones. Comencé a silbar, limpia el alma y rebosante el cuerpo de salud

HAY QUE MATAR EL CHICHO

CUANDO falleció el padre de Jerónimo, el desamparo alcanzó también a una humildísima bestezuela, humildísima y somnolienta, porque ya había entrado en el ocaso de su vida: el "Chicho".

Era un perro harto común por su físico y fuera excepcional por su alma, si la abnegación no se hallara con tal frecuencia en los de su especie. Pequeño, desprolijo, la barba insignificante le había privado siempre de alzar su hocico en el menor gesto altanero, agresivo. Durante una década siguió con pasos como avergonzados detrás de su dueño. Don Jerónimo, padre, jamás le hablaba; aceptaba su compañía amablemente, así como quienes usaban bastón, por costumbre, sin necesidad ni orgullo. Quizá en lo íntimo de su corazón, agradecía la consuetudinaria prueba de gratitud, porque don Jerónimo era muy bondadoso. El "Chicho" vivió en la más completa orfandad. No se le había valorado especialmente, toda la honra de su silencio en la casa. Se le daba de comer por

lo mismo que se riega una planta, cuando, sin amor, notamos que la tierra donde arraiga está reseca.

De puro pequeño y tímido, ocupaba el mínimo sitio: un rincón de la cocina o el umbral de la puerta esperando que saliera el amo, para acompañarlo a corta distancia. Tal vez alentó en su cuerpo de forma rústica un alma de vagabundo, pero excesivamente tímida; incapaz de contraer amistad con otros perros, sin valor para arriesgarse por los caminos a soportar injurias de otros de su especie.

Debió sufrir mucho y sin esperanza, para llegar a conformarse con tan poca cosa de qué disfrutar. Desechó la notoriedad, así como dulcemente desdeñó a sus semejantes.

Era imperturbable. No le inquietaron los problemas sociales de su especie, de tal suerte que no debió huir jamás de la perrera...

No ladró contra intrusos, ni persiguió gatos. Confiaba en su buena ventura y en los gestos apacibles de don Jerónimo. Pudo así conformar su carácter en concordancia con costumbres sobrias, y esconder tras su fealdad, aspiraciones tan simples como prudentes. Pero el "Chicho" envejeció, es decir, cumplió quince años de existencia. Y como no viene sola la vejez, sino con algunos disgustos o calamidades, la suya trajo un cortejo de desiluciones ocultas que por el más insignificante motivo lo hacían gruñir. Es probable que la falta de su amo lo perjudicara muchísimo. Se encerró en pertinaz hurañía, y lo que es mucho peor, mostraba los dientes a quien lo molestara.

Se creyó dueño de los sitios donde durmiera y no se lo podía reprender. Si se recostaba en el umbral, cuando alguien pasaba, gruñía sin abandonarlo. Y sobrevino una

desgracia mayor e imprevisible: se volvió más feo... Enormes verrugas en las patas y el hocico, hacían de la suya una triste figura. Un día, pobre desdichado, cometió un error que, por no guardar armonía con sus costumbres, pareció gravísimo: ladró a un niño que pasaba frente a la casa.

Ya nadie dudó, era un perro peligroso, traicionero, disconforme. Y él, que quizá un día pensó morir sobre la tumba de don Jerónimo, se vio juzgado tan severamente por la familia, que fue dominado por una honda melancolía. Yo creo que por mostrarse derrotado, fue sentenciado a muerte. De tal manera se enseñoreó la desventura en los días de su vejez.

Pero el "Chicho" hizo que unos niños sintieran compasión, y que hasta sus callosidades parecieran agradables. Uno de ellos —transcurridos muchos años—, pudo decir que a los desafortunados, se les perdonan las verrugas.

Doña Inés, que así se llamaba la madre de Jerónimo nos dijo un día:

—Lleven ese perro! Ya no se lo puede tener aquí.

Hasta esa hora nos habíamos aburrido. Con desgan jugábamos a los "carocitos". Lucio, muy bien peinado, nos miraba sin participar. No teníamos ni una perspectiva; ni siquiera pensábamos en ir a comer duraznos verdes, y la jornada concluiría sin un sobresalto. Pero doña Inés fue el hada milagrosa.

—¿Dónde lo llevamos, mamá?

—A cualquier sitio, hasta pueden dejarlo en la laguna; o en cualquier camino, ¡llévenselo de aquí!

—¡Vamos a matarlo!

—¡Vamos a matarlo en el cementerio viejo!

—¡Vamos!

Radiantes de entusiasmo recogimos los carocitos que llenaron nuestros bolsillos, donde además teníamos recortes de hierro, piedritas, hilos, gomera, algún papel, botones, migas de pan.

Atamos al "Chicho" con hilo de algodón y dando saltos salimos a la calle. Lucio nos siguió un trecho y nos preguntó:

—Pero, ¿lo van a matar?

—Sí, vamos al cementerio viejo a matarlo.

Nuestro rubio amigo no tenía consentimiento de la madre y regresó a su casa.

Serian como las cinco de la tarde, y poca gente transitaba por el barrio próximo a la zona suburbana. Jerónimo llevaba el perro que nos seguía con trotecito indiferente.

¡Ibamos a matarlo! Nos sentíamos poseídos por inusitada bravura. Especie de jíferos, caminábamos con aire despiadado como si en nuestra breve vida no hubiéramos hecho otra cosa que combatir y derramar sangre.

—Yo siempre tuve ganas de matar perros— dijo Jerónimo.

—Es la mejor cosa del mundo . . . Es más importante que hacer mandados.

Hubiéramos querido que mucha gente supiera de nuestra brava empresa, por eso, no dejábamos de mirar a cuántos pasaban como diciéndoles:

—¿Ves este perro? —Lo vamos a matar— ¡nos lo dieron para que lo matemos!

Al doblar una esquina, sobre el cordón de la vereda,

estaba sentado un chico del barrio. Era gordo, demasiado gordo para sus pocos años.

Con aire pacífico lamía el azúcar quemada de una torta. Cuando nos vio, alzó la cabeza intrigado.

—¡Eh! Gordo, vamos a liquidar el perro.

Sin creerlo, se puso de pie y se nos acercó con gran curiosidad, ocultando mano y torta tras la espalda . . .

—¿Van a matarlo?

—Sí, es cosa hecha.

—¿Me dejan ir con ustedes?

—No podemos . . .

—¡Déjenme ir!

—No, no podemos.

—¡Yo voy!

—Bueno, pero te cobramos media torta.

—¡Eh! ¡Trato hecho!

Partió su golosina y seguimos los tres comiendo y brincando.

Pronto cruzamos las vías del ferrocarril y divisamos a lo lejos, grupos de árboles, el verdor horizontal de los campos y algunos animales pastando con mansedumbre. Caminábamos en medio de la calle firmemente dispuestos al sacrificio. El de la torta aún nos miraba con incredulidad, porque íbamos ganando en su concepto desmedido valor.

Atravesamos un terreno para acortar camino. Las perdices encendían sonorines en el contorno rural y se divisaban ya los dos altos cipreses del cementerio viejo. Viejo se le llamaba porque habían sido trasladados muchos

esqueletos y pronto no quedarían de él más que fosas descubiertas, arbustos abandonados.

El "Chicho" nos seguía atado a la cuerda; tranquilo, ignorando la sentencia cruel que había recaído sobre su vida. Caminábamos nosotros en silencio. Creo que los tres reflexionábamos sobre un mismo punto: de qué herramienta nos valdríamos para ultimarle. Sólo el procedimiento debía preocuparnos, porque el ánimo lo llevábamos duro, implacable . . .

Eramos muchachos valientes. Llegábamos ya. El portón del cementerio, como siempre, estaba abierto de par en par. Entramos decididos. Los escombros de un panteón desparramados, obstruían el sendero principal, invadido por las hierbas. ¡Qué golpe de gramillas en la tierra abandonada!

Doblamos hacia la izquierda, en dirección a los hoyos recientes.

—¡Jerónimo, vamos a matarlo dentro de una tumba...!

—Bueno . . .

Asintió sin el entusiasmo que esperaba de él. El "Gordo", se mantenía callado; el "Chicho" se había acercado a Jerónimo y nos acompañaba con absoluta confianza, como si siempre hubiera contado con nuestra amistad.

—Bueno, hay que matarlo aquí . . .

Estábamos a orillas de una tumba descubierta; en el otro costado, terrones resacos formaban un montículo, y un poco más allá, una pequeña cruz de hierro caída, aplastaba hierbas con sus brazos.

¡Era el momento definitivo!

—¿Con qué vamos a matarlo?— preguntó Jerónimo, mientras el "Gordo" se sentaba sobre un montículo, apo-

yando un codo en la rodilla y la mano en el moflete sonrosado. Miraba al perro con profunda seriedad.

—Bueno, dije, matarlo, hay que matarlo.

Silencio general. Un morajú silbó su grave silbido en la copa de un ligustro.

—Tiene que matarlo Jerónimo que es el dueño . . .

—¿Y cómo? . . . ¡Ya está! Le pegamos con la cruz.

La buscó y la trajo sin dificultad, en lo que se refiere a su peso, pero evidentemente con sensible pérdida de valentía. No sabíamos cómo empezar. Las cosas se complicaban. ¡Gritaría el "Chicho" ¡Pobre "Chicho"! El embarazo cundía. Pero era indispensable obrar. ¿Nosotros con temor? ¡Nunca!

—Traelo aquí, en el borde del agujero . . .

Acerqué al perro; tenía tal aire de mansedumbre que me desconcertaba.

Jerónimo no se decidía. Aferraba sus manos a la cruz en cuyos brazos, por tierra, estaba también su voluntad. En un último arranque de heroísmo la alzó como un hacha . . . ¡El "Gordo" se tapó la cara con las manos. Por las orejas me entró un aullido estremecedor . . . pero muy anticipado. Jerónimo no descargó el golpe y confesó su derrota.

—Yo no puedo matarlo . . . uno se encariña con su perro . . .

Antes que todo lo echase a perder su sensiblería, le quité la cruz.

—No, no podemos volver a tu casa con el perro. Es un compromiso.

—Bueno, entonces . . .

—Sí claro . . . puedo matarlo . . . yo.

La víctima nos miraba con inquietud, había comprendido la amenaza terrible.

—¡Pobre perro!— exclamaba el "Gordo" con tono lastimero.

Alcé la cruz y el "Chicho" se arrojó al suelo de lomo y me miraba con la cabeza inclinada y las patas en alto. . . No tuve valor!

—Es un perro muy bueno. "Gordo", ¿quierés matarlo vos?

—¡No! ¡Yo no. . .!

Continuaba silbando gravemente el morajú y en el breve intervalo de sus frases, el silencio del campo parecía más hondo y más amplio el horizonte.

¡Y allí, a nuestros pies, el "Chicho" con su tierna mirada! ¡Estábamos conmovidos! Sentimientos fundamentales nos florecieron en el corazón; sentimientos de exaltación a la vida en medio de tumbas descubiertas y nichos destrozados. El "Chicho" no moriría. Instantáneamente nos resplandeció una nueva luz, y llenos de alegría, lo desatamos y echamos a correr dando saltos sobre los tuyos. Un raro pudor nos impedía hablar, pero jugamos y corrimos hasta llegar al camino.

Teníamos un cómplice de nuestra debilidad, y un nuevo compañero para nuestros goces campestres.

El aire nos rozaba las frentes ennoblecidas y mientras llegábamos a las primeras casas de la ciudad, una bandada de gorriones entró disputando en la copa de un peral.

Doña Inés nos recibió silenciosa. Miró al perro, y no sé si su figura añosa le recordó los últimos días en que su marido, tímido, amable, lo admitía a su lado como a una sombra, absolutamente inofensivo.

LA AUSENCIA DE MI AMIGO

¡COMO necesito contar mis últimos encuentros con Jerónimo! Ya poco falta para decir todo lo que viví en su compañía por campos y cales; porque me resta llegar a su casa y ver, desolado, que en un viejo carro de alquiler cargaban sus rústicos muebles. Se mudaban de barrio; la pobreza que soportaban, se había agravado muy sensiblemente. La hermana se colocó en una casa de familia ubicada en el norte de la ciudad y la madre, más que nunca, debía lavar ropa ajena para sostenerlo. Mi amigo comenzó a probar los más amargos tragos de su trabajosa vida. Tendría por ese tiempo trece años y debió emplearse en un taller como aprendiz. Su carácter se sometió al sufrimiento de una transformación especial, porque la responsabilidad comenzó a hacerle desagradable la vida; a atarlo con odiosas ligaduras; a restarle lozanía a su juventud. Antes era libre como chingolo, como todos los pájaros que teniendo para ellos los bosques y los campos, anidan donde su agrado los lleva y gorjean cuando quieren, vuelta la cabeza de soslayo a la luz de cada amanecer. Era libre como todo lo que vive sin fatigosos

trabajos. Ahora para el hogar, se había convertido en carga que debía aligerarse. No era posible que la madre soportara sola el peso de la pobreza y la desgracia. Jerónimo, era ya un hombrecito. Siempre conservaba, aún en los mejores momentos de holgorio, un aire de seriedad prematura. Reía como grande, porque los hijos de pobres tienen también la desgracia de no ser completamente niños. No tenía raptos de fantasía, e intuiciones sombrías debieron agitar su cerebro cuando, abocado a los problemas de su porvenir, veía que lo rodeaban la escasez y los diarios sacrificios. Siempre tuve por él un afecto singularmente distinguido porque, a pesar de pertenecer a un hogar tan distinto —en el mío nada faltaba—, Jerónimo vio en mí un compañero sin reservas que, sin saber lo que era el dolor de ser pobre, lo elevaba en su corazón comprendiendo su bondad y su lealtad. Teníamos gustos similares en nuestros juegos, pero yo, guiado por la ambición de mi madre y por mi inclinación hacia el estudio, vislumbraba una vida muy diferente a la suya. Yo tenía grandes esperanzas en mi futuro y soñaba con la gloria. . . Me he perdonado ya ese desvarío porque no me faltaron dolores que me instruyeron sobre asuntos de otro valor.

El no se preocupó mucho por cosas trascendentes, ni se le ocurrió pensar que cuando mataba un pájaro, destrozaba una vida sencilla y delicada. ¿Lo pensé alguna vez? Sí, y aquel día estaba el campo más atrayente que nunca. Maravilloso verdor de primavera lo cubría todo, hasta llegar a la franja terrosa del camino. Árboles por doquier y vuelos de mariposas en los alfalfares, en las silvestres manzanillas de fraganciosas corolas, en tréboles que alzaban la delicadeza de sus flores de finísimos pedúnculos. Agradable vientecillo correteaba abatiendo graminillas y, elevado a las copas, se animaba de pronto en el follaje como para desperezar insectos o animar parejas de

torcacitas que, estrechadas ala con ala, se desprendían con el vaivén de los gajos.

Era deliciosa la luz y se la respiraba como bajada del cielo donde fuera purificada con el translúcido azul. ¡Qué hermosa estaba la región arbolada! Alguna casa sobresalía con sus techos en medio de tupidos paraísales y llegaban a sus aleros bandadas de palomas domésticas retornando de los sembrados y aguaderos. Describían círculos hasta que, confiadas, abriendo las alas para frenarse con el aire, se posaban comenzando el arrullo bravo y coquetón de los machos, brillantes las plumas a la luz del sol, abanicada la cola, nerviosas las alas. . . Cantaba alguna roldana de pozo y gallinetas copetonas, atareadas, hacían coro cerca de las trojes.

Olvidados de maestros, de deberes y de las comunes torturas del aula —mapas, ¡raíz cuadrada! ¡teorema de Pitágoras!— sin ataduras, disfrutábamos de la magnífica libertad. Y me ocurrió que, apresurado, sin detenerme a mirarla mucho, herí a una palomita que empollaba sobre su nido. Apenas sobresalían de las pajitas del borde, su pecho y su cabeza. Con desesperado aletear describió una parábola y comenzó a elevarse alto, muy alto. Mal herida debía ir para que ascendiera tanto, y cayera después donde apenas mi vista pudo distinguir.

Me pareció oír un reproche, como si la voz de mi padre, grave y sentenciosa, me repitiera su común observación:

—“No mates nunca un pájaro que tenga nido! Cada pájaro empollando, está cumpliendo un serio y dulce mandato del amor. Los pájaros se aman y luego construyen nidos. Cada brizna, cada pluma, es llevada con ca-

riño; no sabemos si los pájaros tienen ensueños, aunque estamos seguro de que aman entrañablemente.

Acordate del cardenal: murió la compañera mordida por una rata, y el compañero, entristecido, apenado, rindió a su recuerdo el sacrificio total, dejándose morir.

Nuestro cardenal murió por amor. Era sublime la fuerza de su sentimiento, que le dio vigor para soportar, sin comer, el dolor de una vida que ya no quería. El pequeño mundo de los pájaros es un misterio que nos admira por todo lo que nos vincula con la belleza.

Sé que seguirás cazando pájaros con la misma libertad con que pisas un crisantemo o destrozás un jazmín. Pero cuidá de no herirlos cuando tengan nido porque entonces, son sagrados. . .”

Así me llegaron al alma las palabras paternas y sufrí un momento de angustia; un momento nada más, pero suficientemente profundo como para no olvidarlo. Cuando Jerónimo vino y preguntó:

—¿La cazaste?

—No, —respondí—. Fue a morir lejos y me duele haberla herido asentada en el nido. . .

—¿Qué! ; Si así son más felices!

Sin embargo, mi amigo era bondadoso.

Yo lo prefería a todos y a su vez él, francamente, me distinguía. ; Cuantas veces lo habré oído silbar desde la calle para que yo saliera!

Cierta vez, y por hacer mérito para ocultar quizá qué pillería, cometí la imprudencia de secarle los platos a mi madre.

¡ Mejor nunca lo hubiera hecho! Desde entonces, quedé atado al compromiso mortificante: todas las siestas, protestando entre dientes, debía repasarlos uno por uno. Me ponía nervioso y tentado por hacerlos trizas contra el suelo, porque, desde el tapial que ceraba el patio, el agudo silbido de Jerónimo me llenaba de impaciencia. Era como verlo. Con la boca apuntando a los árboles de casa, soplando con fuerza, mientras despejaba su frente alisándose el flequillo, rotas las mangas de la camisa, descalzo, entrazado como bandido de callejones polvorosos, buscador de huevos, terror de iguanas y lechuzas. Silbaba cada dos o tres minutos, insistente, confiado. Sabía que nunca dejaba de afrontar una escapada por peligrosa que fuera. El cinto de mi padre era nada más que una lonja de cuero. . . ; no podía restarle un punto a mi vigoroso amor por la libertad! El silbido de Jerónimo. . . ; Cómo quisiera oírlo ahora! Un silbido de amigo que me desprendiera de los graves trabajos; que me devolviera a los días de holgorio, tan fructíferos, tan enriquecedores del alma. . . Son las últimas remembranzas ahondadas en la presencia indeleble de aquel rapaz moreno, las que hoy me consuelan de mi oscuridad anónima, de escasos relieves, pero íntimamente fervorosa, como si llevara por dentro los deslumbrantes resplandores con que en mi juventud, orgullosa y apasionada, quise iluminar la gloria de mi región; elevar hasta todos los ojos del país, la epopeya de nuestros pioneros, triunfadores cuyas armas, —arado, segadora, hacha, yunque, martillo, pastera—, pueden grabarse como blasones de mi ciudad.

No importa que haya abandonado afanes con relumbres que concluyen cuando descubrimos su espejismo. Con mi cálido recuerdo alimento ansias del alma, más humildes, pero de esencia imperecedera.

Allá va el carro con lo que se cargó de la masa de Jeró-

nimo. Se llevó también a mi amigo, y como si la vida re-
virtiera de pronto, me veo solo, con casi catorce años,
hundidas en los bolsillos las manos, mirando la calle de-
solada por donde nunca volví como niño.

Estaba en el umbral de la pubertad. Ensueños y an-
gustias desconocidos se entronizarían en mi corazón. Qui-
zá Jerónimo, si algún día llega a sus manos mi libro, sus-
pire y diga: "También para mi se abrió de par en par la
puerta de un mundo demasiado triste y mi tierra fue ver-
daderamente llanura de lágrimas".

DONDE CONCLUYE ESTE LIBRO

NO puedo precisar en qué época fui adquiriendo la cos-
tumbre de permanecer en mi hogar días enteros. No
me atraía ni una cosa de las que antes tan caras eran pa-
ra mi corazón. Aprendí a estar sin la compañía de mi
amigo y ese afecto tan hondo, fue de los primeros que
me instruyeron también sobre la facultad del alma para
olvidar. Otras preocupaciones serias llenaban mi espíritu.
Me alejaba cuando podía de los que me rodeaban y per-
manecía largas horas angustiado. Notaba que a mi al-
rededor cambiaba el ambiente. Era que yo mismo pasa-
ba por una crisis cuyos orígenes no me eran del todo des-
conocidos y me volvían reservado. Esquivaba la mirada
de mi padre por que, si nuestra mutua comprensión no
alcanzó nunca a aproximarse a lo que normalmente se
llama armonía ahora me parecía que nos iba separando
una barrera infranqueable y como si temiera que un día
interrumpiera mis ensueños con una palabra brusca que
me hiriera, revestía a menudo mi debilidad con insolencias.
Esto me valía serios castigos y abrumado por la incompre-
sión, me alejaba a los fondos del patio para dejar que mis

pensamientos, febriles como nunca, construyeran la visión de una hermosa vida que no sentía palpar a mi alrededor. Un hondo desagrado cavaba en mi espíritu los contornos de mi soledad.

Cierta vez, valido de mi elemental conocimiento del cielo, me abstraí observando las nubes: cirrus enormes se movían con lenta majestad y el sol derramaba sus niágaras sangrientas en el confín del horizonte. Un ensueño turbio, informe, anegó todo lo amplio de mi espíritu y sentí como si una nueva vida, más honda, más trascendental, conturbara mi pubertad.

Mi padre me llamaba rudamente y sin desearlo, me hundí en la contemplación defediéndome de su voz. Sacudido como mi mansedumbre no lo hubiera deseado jamás, una frase tremendamente injusta desgarró mi corazón.

—¡Sos tonto!

Cuando nadie pudo verme, sentado en el suelo, con el rostro apretado sobre las rodillas, lloré con fuerza concentrada como para llegar hasta la hondura de mi sanded. . . En el fondo, y después del llanto, hallé que mi corazón era puro y mis pensamientos se esclarecieron en magnífica limpidez. ¡No, no era un tonto! Era un indefenso que no tenía más apoyo que sus propias fuerzas. Esta certidumbre, me llenó de melancolía.

Durante la cena, levanté los ojos hasta los de mi madre. Su mirada dulce, sostenida, me inundó de ternura que reprimí gallardamente, casi con crueldad.

—“Dalmacio, estás insoportable. Rechazás la comida, y te empeñas en ser insolente”. Oculté todo lo que pude el rostro y volví a buscar la soledad. Esta vez, y en mi pieza, permanecí absorto recordando la imagen de mi ma-

dre. Había fijado bien en mi corazón la ternura de su mirada y mientras me dormía, murmuraba con la unción del rezo:

—Es santa, es santa. ¡Líbrame Dios mío, de ofenderla, ya que soy torpe. . .!

Dulces lágrimas mojaron la almohada, eran las mismas que en mis anteriores desconsuelos, había vertido para apaciguar las tormentas de mi corazón. No enjugaba los ojos; al sentir las tan abundantes y tibias, aumentaban la intensidad de mi ternura y me abandonaba a ellas hasta sumergirme en sueño dulce y reparador.

A la mañana siguiente, me vestía con desgano; temía salir porque me dominaba la impresión de que yo era torpe; quizá que nuevos errores cometería que me valdrían nuevas reprimendas. Perdía confianza en mi mismo y me parecía que el mundo que me esperaba era cruel, implacable, difícil de comprender y más difícil aún, vivir en él. Despertaba a la vida y el futuro me asustaba. ¿Qué sabía hacer yo? ¿Como iba a ganarme el sustento si dejaban de dárme los padres? ¡Era un inútil irremediable...!

Con estos pensamientos solía salir a la calle para estar más sólo y dolerme de una existencia que me ofrecía crueles turbaciones. Al pasar cerca de unos muchachos del barrio, noté cierta vez que reían y me miraban. ¿Qué tenía yo de ridículo? ¡Los hubiera aporreado a todos por que fuerzas inusitadas me agitaban en rebeldías!

—¡Eh, grandote, con pantalones cortos. . .

Sí, llevaba pantalones cortos. Mis piernas eran demasiado largas para andar descubiertas y llamaban la atención. No tardé mucho tiempo en plantear este nuevo problema a mi madre, y una tarde, en medio de risas y preocupaciones, me aventuré por las calles con flamantes pan-

talones largos. Caminaba e iba mirándolos. Me rozaban las pantorrillas y daba gusto sentir los bocamangas en los tobillos. Ya estaban cubiertas mis piernas, pero más desnuda mi alma... porque fueron agudizándose mis inclinaciones hacia una vida que me llenó de íntimos dolores y de inefables contentos.

Creo que por este tiempo, dejada mi vida de callejero despreocupado, comencé a querer desentrañar misteriosos ensueños. No encontré solución en los libros —aunque ellos ayudaban satisfaciendo urgentes ansias del pensamiento—, ni tampoco la vida me ayudó mucho a dominarlos, puesto que aún, como si se refrescaran por poder maravilloso, me arrebatan con la intensidad y lozanía primera.

De la cacería de pájaros a la de imágenes, habría mediado el vuelo de una mariposa, pues bien pronto comencé a llenar cuartillas. Ese fue mi destino. Lucio, se hizo hombre de bien, formal, dotado de capacidad para no imaginar nunca nada; Jerónimo me ha dejado su recuerdo. Separados una vez, no hemos vuelto a encontrarnos. Y como es indispensable concluir estas páginas, quédese el lector con la fresca ternura de la mujer que más he admirado, y cuya deliciosa ingenuidad y su amable manera, no marchitan los años, porque ella sabe amar a todos los seres y las cosas con su inocente alegría... Pero si nombro a mi madre, no concluyo el libro, porque ella llena toda mi vida.

INDICE

	pág.
Las moreras	9
La lluvia	13
Arbol y tragedia	21
En una tarde de sol	25
El rescate	37
El diablo	45
Berta	53
En la leña nació un gatito	59
Buscando flores de paraísos	63
Las avispas	67
Las naranjas	71
La inundación	77
Las golondrinas del cabildo	81
Pájaros prisioneros	85
El entierro del cardenal	91
El cementerio viejo	95
El duelo de Jerónimo	99
Hay que matar el chicho	105
La ausencia de mi amigo	113
Donde concluye este libro	119

574060 2^o A noche => 4^o A
599856 2^o B noche (tit.)

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN EL MES DE FEBRERO DE 1996
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
IMPRESA LUX S.R.L.
HIPOLITO IRIGOYEN 2463
3000 - SANTA FE - ARGENTINA



